

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

AVISO INTERESANTE.

Los señores suscritores por trimestre residentes en provincia, cuyo abono concluye con el presente número, se servirán renovar con oportunidad, si gustan continuar favoreciéndonos, para no experimentar retraso en el envío del periódico.—Los de Madrid no tienen que molestarse, pues se les mandará el recibo al domicilio.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de teatros.—SEMANA HISTORICA: Historia contemporánea.—PAGINAS SUELTAS DE UN VIAGERO: La pesca nocturna.—SEMANA JUDICIAL: Causa contra don Alvaro de Luna; Noticias judiciales.—SEMANA CIENTIFICA: Vistas y tipos de España; Andalucía.—SEMANA LITERARIA: Dos duelos á diez y ocho años de distancia, leyenda.—BOSIO, Medallón por David.—EL PALACIO DEL EMPERADOR; tradiciones granadinas.—Ascension aereostática.
Este número lleva quince grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. En Francia sigue la Asamblea ocupándose lentamente de la cuestion de la instruccion primaria, habiéndose pronunciado diversos discursos, de los que los mas notables han sido el de Victor Hugo en favor de las doctrinas de la Montaña, y los de Thiers y Montalembert en favor de los principios del orden.

La actitud de los partidos es siempre la misma. El socialismo sigue haciendo grandes esfuerzos, atacando al gobierno por medio de numerosos escritos que no son bastantes á recoger ni impedir su circulacion los estensos brazos de la policia. Estas doctrinas hallan eco en las gentes sencillas de los campos, porque nada es mas cómodo que el no pagar los arrendamientos, ó el compartir una propiedad que no ha costado gastos ni sacrificios adquirir.

Se habla siempre de golpes de estado, esperando de un momento á otro que se intente convertir en trono imperial al sillon del presidente de la república. Este golpe de estado ha sido denunciado por varios periódicos, los que han sido perseguidos por el gobierno; y ha dado consistencia á estos rumores la aparicion de un nuevo periódico llamado el *Napoleon*, el que se supone redactado hasta por el mismo presidente Luis Napoleon. Grandes acontecimientos se preparan.

Ha sido nombrado embajador de la república en Madrid el baron de Bocergoing, cuyo padre fué tambien embajador en España en 1792. Es un hombre instruido, autor de varias obras, y de una caballerosidad propia de los tiempos antiguos.

El tiempo es sumamente crudo en Francia. Ha nevado tanto, que en las poblaciones y en los campos han sucedido muchas desgracias. Se han retrasado no solo los correos, sino que se han interrumpido los caminos de hierro; y en algunos puntos de las pintorescas poblaciones del Pirineo, tales como Bagneres, Coteret y otros, han caido masas tan grandes de nieve congelada, que han destruido casas y establecimientos enteros.

ITALIA. Las cámaras de Turin han aprobado el tratado de paz con el Austria; ese tratado que se negó á ratificar la cámara anterior, y que hubiera podido volver á encender la guerra en aquel desgraciado país. El ministerio cuenta con una gran mayoría moderada, y piensa aprovecharla para reformar la ley electoral, estableciendo la eleccion por distritos, sistema mucho mas liberal que el de provincias, que hoy tiene.

Tambien la temperatura habia sido tan rigorosa en este reino, que ha sido necesario abrir en Turin cuatro salones de abrigo, para que puedan recogerse los

TOMO I.

desgraciados que no tienen hogar ni asilo, porque en esta cruda estacion, muchos refugiados lombardos que no cabian en los establecimientos de beneficencia pública, perecian á consecuencia del horroroso frio en medio de las calles y de las plazas públicas.

La Lombardia en tanto, sometida al régimen militar de Radetzki, empieza á presentar nueva animacion. La nobleza de aquel país que habia estado como retirada, se presentó el dia 26 de diciembre en la apertura del gran teatro de La Scala, con que se inauguró la estacion del carnaval, aplaudiendo con entusiasmo, y olvidada de sus males, la ópera de Atila, de Verdi.

Después de tantos preparativos para la vuelta del papa á Roma, parece que vuelve á diferirse por un tiempo indeterminado; y no es ya la causa la falta de un empréstito, que debia concluirse en París, porque varias casas católicas del barrio de San German han acudido generosamente para auxiliar las necesidades del papa; es que Pío IX se niega á volver á la capital del mundo cristiano sino entra acompañado de todos los representantes de las potencias católicas, y los embajadores de Rusia y Austria no creen que tendrán la influencia que conviene á sus gobiernos al lado del pontífice mientras que dentro de Roma esté el embajador de Francia, Baraguay d'Hilliers, que es al mismo tiempo general en jefe de un ejército de ocupacion. Las dilaciones que va experimentando esta cuestion, las vacilaciones de una y otra parte, van complicando cada vez mas el negocio. Créese que el papa permanecerá en uno de los palacios del rey de Nápoles, ó que marchará á Terracina, ciudad de sus estados, lo que no creemos porque es uno de los puntos mas malos del patrimonio de la iglesia.

GRECIA. El rey Othon ha querido imitar al presidente de la república francesa. Ha nombrado un ministerio de amigos suyos personales, si bien para cubrir las fórmulas llamó para la formacion de un nuevo gabinete al jefe de la oposicion, conde de Metaxa, pero le puso tales trabas, fueron tales sus exigencias que rehusó encargarse del poder. Una terrible catástrofe ha coincidido con el nombramiento de este misterio, en el que no hay un solo diputado; el incendio del hospital que en breves momentos fué pasto de las llamas, si bien pudieron salvarse mas de 700 enfermos que yacian en aquel asilo del dolor.

ALEMANIA. Viena sigue aun en estado de sitio; encadenada la prensa, y con disposiciones muy rigurosas para reprimir la menor tentativa de desorden. El ejército de observacion de Bohemia se compone de 80,000 hombres y está provisto de toda clase de pertrechos de guerra. En Hungría reina aun bastante agitacion; y á pesar de hallarse ocupada militarmente continúan los arrestos, si bien por evitar nuevos horrores y por respeto á la humanidad se han suspendido las ejecuciones, que tanto se prodigaron al vencimiento de la revolucion.

RUSIA. Este poder colosal que hasta ahora se habia visto libre de las revoluciones, y en donde las frecuentes conjuraciones de su historia nos presentan los nobles conspirando no por mudar el sistema político sino por mudar de señor, ha comenzado tambien á sentir los movimientos revolucionarios; y para los que hemos visto en este siglo en pocos dias convertidas en estados constitucionales las monarquías de Prusia y de Austria, cuyos fundamentos parecian indestructibles, y venir á tierra en un momento la obra de treinta años del príncipe de Metternich, no extrañáramos que el movimiento hoy reprimido en Rusia se reprodujese mas adelante en mayor escala.

El periódico oficial del emperador anuncia el descubrimiento de una vasta conspiracion cuyo objeto era destruir el régimen político y establecer una constitucion, siendo condenados 21 de los culpables á ser fusilados, cuya sentencia ha conmutado el emperador en la de destierro á la Siberia, á una muerte lenta pero segura; siendo su voluntad de que este juicio se lea á los condenados en presencia de las tropas, y de que se lleven adelante todos los pormenores de la ejecucion de la pena de muerte, y que en el instante mismo de ser aplicada esta se les anuncie la gracia de la vida que les hace el emperador.

Esta conspiracion ha redoblado la vigilancia del emperador, quien ha adoptado medidas severas impidiendo la introduccion de escritos extranjeros, y previniendo á los súbditos que se hallen fuera del reino que inmediatamente regresen á sus casas, sopena de ver confiscadas sus propiedades. Al mismo tiempo ha procurado arreglar con Constantinopla la cuestion sobre la internacion de los refugiados húngaros, siendo posible que en breve quede terminado este asunto, y espeditas todas sus fuerzas para sofocar la revolucion que siente rugir en las entrañas de su propio país, cuya primera explosion ha reprimido y en que contra el carácter natural de aquel gobierno ha desplegado para su represion una severidad templada con la clemencia.

Interior. Sigue inalterable la tranquilidad en todos los puntos de esta vasta monarquía. El tiempo continua siendo muy crudo en varias provincias, y en algunas como Cataluña y Galicia se han emprendido obras de carreteras para dar trabajo á la multitud de infelices que por la crudeza del tiempo se hallaban sin poder ganar de otro modo su alimento. Tambien se han ocupado muchas cuadrillas de jornaleros en los puertos de Somosierra, Guadarrama, etc., para abrir paso por ellos al través de las nieves, habiendo caido estas en tanta abundancia, cuajándose en seguida, que en lo mas alto de Guadarrama, frente al leon que divide las dos Castillas, hay puntos que tienen mas de seis varas de nieve.

Nótanse con dolor en algunas provincias, como Sevilla, la perpetracion de varios asesinatos; y en la de Cataluña, en Villafranca, han espiado sus crímenes varios ladrones en cuadrilla, que al horror de sus delitos han presentado el repugnante espectáculo de la impenitencia final, no queriendo reconciliarse con su Dios, sino en el cadalso mismo, adonde lleno de celo les acompañó el ilustrísimo arzobispo de Cuba, el padre Claret, que pasaba casualmente por aquella ciudad y sabiendo la obcecacion de los reos, bajó de la diligencia, y con lágrimas en los ojos les rogó que atendiesen á la salvacion de su alma.

Han fallecido muchas personas notables en esta semana. En Barcelona el anciano y virtuoso señor Rey, rector de aquella universidad; el señor Barata, antiguo ministro de Hacienda y comisario régio de aquel banco; y en Madrid los generales Caminero, Villapardierna y otras personas igualmente notables.

El alto cuerpo colegislador ha continuado ocupándose de la ley de reemplazos.

En el Congreso la impugnacion que del voto particular del señor Bermudez de Castro hizo don Alejandro Mon, ha ocupado las sesiones del lunes 21, martes 22 y jueves 24, en cuyo dia volvió por fin á entrar en la discusion de la autorizacion para plantear los presupuestos, habiendo hablado en contra de ella el diputado de la oposicion progresista don Patricio de la Escosura, á quien contestó el viernes el diputado de la mayoría Calderon Collantes.

Habló después en seguida el señor Rios Rosas, atacando fuertemente la politica y la marcha administrativa del gobierno.

El sábado 26 le contestó el señor de Olivan y e ministro de la Gobernacion.

Hoy probablemente ó mañana se concluirá la cuestion de la autorizacion que tanto tiempo hace ocupa al Congreso de los diputados, y cuya final determinacion referiremos en la próxima semana.

ACTOS DEL GOBIERNO.

Una real orden para que el Consejo de Instruccion pública, estudie y califique los libros de testo que han de servir para el próximo curso en las escuelas del reino, con otras disposiciones relativas á la nueva revision de los actuales textos, y al precio á que deberán espenderse esta clase de libros, es lo único que con otra real orden para la subasta pública de las obras del teatro de Oriente, se ha publicado por el periódico oficial en la última semana que exija mencionarse en el nuestro.

REVISTA DE MADRID.

El invierno de 1849, después de haberse elevado á la cumbre del poder con el favor de las brumas de diciembre y de las nevadas de enero, está ahora en quieta y pacífica posesión de su dominio sobre la tierra. A la manera del águila, que después de elevarse con estrepitoso vuelo se mece silenciosa y tranquila en la región de las nubes, el invierno de 1849 ejerce su reinado desde la altura, mostrándonos entretanto las nevadas cumbres como la señal infalible de que su imperio prevalecerá aun por largo tiempo sobre nosotros.

Tales han sido en Madrid los días de la última semana transcurrida: y aunque la presente estación es entre todas las del año la menos propia para contemplar la naturaleza y para admirar sus encantos, muertos por ahora hasta que se deje sentir sobre la tierra el benigno soplo de las auras de abril, también lo es que los claros días del invierno de Madrid son por un favor particular del cielo, los mas bellos que puede ofrecer pais alguno mientras dura la cruda estación de los hielos.

Siendo esto así, cúmplenos á nosotros, que acabamos de atravesar una de las mas hermosas semanas del invierno, volver por la reputación de nuestro buen tiempo, tan injustamente ofendida en un anuncio inserto en el Diario de Avisos del miércoles de la misma semana. En el se advertía al público que reinaba *mal temporal* en aquel día; y vive Dios que la injuria era tanto mas manifiesta cuanto mas falso era el hecho que se anunciaba. Pero el anunciante no se contentó con calumniar al pobre tiempo, sino que llevó su temeridad hasta el extremo de advertírselo al público *para su inteligencia*.

Nuestros lectores comprenderán que hablamos del anuncio inserto en el Diario del 23 de enero por el que se suspendía la ascension de Mad. Arban á causa del mal tiempo.

Ahora bien como la suspensión de este espectáculo cuenta ya tanta fecha y ha reconocido en diversas ocasiones las causas mas opuestas, digamos sobre este punto alguna cosa, y entendámonos, si podemos.

Hace mas de un mes que se anunció por primera vez esta función para uno de los días anteriores á la pascua de Navidad: el día amaneció envuelto en una espesa neblina, y el empresario de la función dijo entonces como el calendario: *mal tiempo*.

Muy pocos días después la niebla se había disipado ya completamente; pero el frío había arreciado en extremo: el aire se enrareció por entonces hasta tal punto que el empresario se creyó en el caso de decir otra vez al público: *mal tiempo*.

Mitigábase después los frios; muéstrase la temperatura mas suave y benigna: anúnciase el espectáculo para el miércoles de la anterior semana; y cuando todo Madrid ve amanecer un día claro y sereno, vuelve á decir de nuevo el empresario: *mal tiempo*.

Está visto. No hay un tiempo que haga subir por ahora á las nubes el globo de Mad. Arban. No hay un tiempo que la parezca completamente bueno á la empresa que toma por su cuenta el espectáculo; al del último día ya lo llamaba *temporal*; y en efecto no es mal chubasco el que está cayendo sobre el pacientísimo público de Madrid. Cualquiera diría que la ascension de Mad. Arban corre por cuenta de la dirección del Teatro Español.

En tanto que la anunciada ascension llega á verificarse, un monstruo marino hospedado en la calle ancha de Peligros, está recibiendo numerosas visitas del público entero de Madrid. Y á la verdad no puede negarse que la curiosidad del público se encuentra plenamente justificada. Un corpulento animal de naturaleza anfibia, de dos varas de largo y dos cuartas de diámetro por el medio de su cuerpo circular, y adelgazado hacia ambos extremos, rematando por el posterior en una cola de pez común; con una cabeza semejante en figura á la del perro; con ojos animados y lucientes como los del tigre, largos bigotes blancuzcos y buenos dientes; que responde con ahullidos á las preguntas de su amo, Mr. Menay; que le alarga sus aletas cuando le pide una ú otra mano, y se revuelve á su voz dentro de la enorme tina en que está colocado, levantándose de ella sobre la cola para besar á Mr. Menay por mandato de éste, es una curiosidad nueva en su género y que merece por completo los honores de una visita. Tanto es así, que si no temiéramos citar nombres propios, pudiéramos insertar un largo catálogo de notabilidades madrileñas, cuyos elegantes carruages han parado en estos días á la puerta del *gran pez inteligente*.

Pero dejemos de ocuparnos de cosas tan pequeñas para hablar, siquiera sea brevemente, de otras de mayor interés é importancia. En la última semana de enero todo lo que no sea hablar de bailes y de máscaras, es separarse completamente de la cuestión de actualidad para divagar de unamaneira lastimosa.

La buena sociedad de Madrid no ha tenido sino dos ocasiones de reunirse para recordar los venturosos días, digámoslo mejor, las venturosas noches del invierno de 1848. Estas han sido, sin embargo, muy buenas para dejar de ser aprovechadas. El lunes de la semana anterior tuvo lugar en casa del señor conde de Velle un elegante baile, anunciado de antemano como la última de las animadas y brillantes reuniones de esta casa, que tan gratos recuerdos dejarán en el ánimo de sus numerosos amigos. En la noche del sábado debía verificarse también otra reunión en casa de los señores duques de Frias, de cuya brillantez y animación podían responder desde luego la proverbial amabilidad y el buen gusto de la elegante duquesa. Por último, se espera para el día 29 del corriente un gran baile en los salones de la señora condesa del Montijo, en celebridad del cumpleaños de su hija la señora duquesa de Alba.

Pocas son, en verdad, estas reuniones para dejar satisfechos los deseos de los aficionados al baile. Pero por fortuna han venido á aumentar el número de las diversiones los dos bailes que da el Liceo en el palacio de Villahermosa. Cuando estas líneas lleguen á manos de nuestros lectores, ya se habrá verificado el primero de ellos, que se anuncia como el mas brillante de cuantos hayan tenido lugar en aquellos salones. Es verdad que la junta del Liceo no ha perdonado medio ni gasto alguno para decorar los salones con lujo y elegancia, y que la lista de las personas inscritas para concurrir á ellos comprende los nombres de las bellas y elegantes damas de la corte, de la mas escogida sociedad de Madrid.

¿Y qué diremos de ese inmenso aluvion de bailes de máscaras, que todos los días, á todas horas, estamos viendo anunciados con nuevos carteles en todos los parages públicos de Madrid? ¿No habremos de decir una palabra siquiera, y condenaremos desde luego á perpetuo olvido los salones Orientales, los salones Españoles, la Cruz y el Instituto, que también contribuyeron á animar la bulliciosa temporada del carnaval?

Tamaño olvido fuera injusto además de notable. Digamos, pues, dos palabras acerca de estos bailes.

Los salones Orientales han llamado desde luego la atención por su vistoso alumbrado chinosco y el buen gusto de sus adornos. Sus numerosos farolitos iluminados, de diversas figuras y colores, colocados en caprichosos grupos, hacen un efecto sorprendente: otro tanto puede decirse de sus buenas alfombras, de sus espejos y del resto de los adornos. Las salas de ambigü, de descanso, de tocador, y todas las demás piezas de servicio público están dispuestas con el gusto que caracteriza á Mr. Paul para este género de espectáculos.

Los salones Españoles, ó sea los del café del Iris, cuya distribución y forma son muy conocidos del público, han ofrecido también mucho aliciente á los aficionados á máscaras por su disposición particular, que los hace á propósito para esta clase de diversiones. Todos ellos están adornados con gusto. La orquesta y el servicio del ambigü han sido buenos.

Los bailes del teatro de la Cruz han sido concurridísimos, y especialmente el primero de ellos. Los del Instituto han sido también muy animados; ha reinado en ellos el mayor orden y compostura, y la concurrencia ha quedado completamente satisfecha.

No mencionaremos en este catálogo otra porción de reuniones *coreográficas*, de cuyos nombres ni podemos ni queremos acordarnos.

A.

REVISTA DE TEATROS.

Al fin, después de tantas dilaciones y de tantas esperanzas frustradas, se puso en escena el jueves de la semana anterior el drama del señor Rubí, titulado *Isabel la Católica*. Una numerosa y escogida concurrencia, compuesta de las personas mas notables por su clase y posición social, llenaba todas las localidades del teatro. S. M. los honró también con su presencia; la acompañaban S. M. la reina madre y su esposo el duque de Riansares. La mayor parte de los ministros asistieron también á la representación del drama.

La última producción del señor Rubí ha alcanzado, como era de esperar, un éxito brillante. A pesar de la presencia de S. M., los aplausos y los rumores de aprobación se dejaban sentir á cada momento; y al terminar el acto cuadro, el autor fué llamado á la escena, donde recibió unánimes aplausos de la concurrencia. La ejecución fué esmerada por parte de todos los actores, á cuya pericia estaban confiados algunos papeles de inmensa dificultad, entre ellos el de la reina Isabel, que ejecutó la señora Díez.

El señor Rubí ha ido á buscar en el reinado de la primera Isabel el asunto de su drama. En él ha escogido los hechos que le parecieron mas notables y mas propios á realizarlo, entre los cuales déjase conocer desde luego que no podían haberse olvidado las con-

quistas de Gonzalo de Córdoba, y el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colon. El señor Rubí no se ha ceñido, sin embargo, á las tradiciones históricas, de manera que en muchas ocasiones no haya creído conveniente separarse de ellas. Así que su excelente drama, considerado bajo el aspecto histórico, no puede tomarse sin grave error como un trasunto fiel de los hechos notables ocurridos en aquel glorioso reinado.

Prescindiendo de esta circunstancia, que no puede considerarse como un defecto, hemos notado en este drama algo que no nos satisface completamente, así en el carácter con que reviste el autor á los personajes, como en el que le atribuyen los actores al interpretar sus ideas y sentimientos. No queremos, sin embargo, juzgar de estos hechos por la primera impresión que en nosotros han producido: esperamos para todo á las sucesivas representaciones del drama.

Congratulémonos entre tanto de que esta interesante producción se haya visto al fin representada. Y deseamos á las sucesivas menos semanas de intermedio, menos dilaciones y menos esperanzas frustradas, porque semejante sistema, adoptado hace ya tiempo por el Teatro Español, es capaz de echar por tierra el éxito de la producción mas brillante, excitando en el público, que es ya de suyo un tanto exigente, una ansiedad que queda raras veces satisfecha.

Deseamos, pues, que el Teatro Español abandone de una vez este fatal sistema, que dá por resultado la representación de un drama nuevo cada mes; y que convierta estos estrenos, cuya repetición debiera ser muy frecuente, en otras tantas *solemnidades*, que se aguardan entre nosotros con una impaciencia verdaderamente impropia de los que viven en una corte, donde existen tantos teatros y donde se consagran á escribir para él tantos y tan esclarecidos ingenios. ¿Qué serán de los infinitos dramas aprobados por el comité de lectura para la temporada presente, al paso que llevan las representaciones del teatro-modelo?

En tanto que la dirección del Teatro Español resuelve esta cuestión, dícese que seguirá á las representaciones de *Isabel la Católica*, el drama *Una falta*, original del señor Huizi. Otra producción del mismo autor, un drama en cuatro actos y en verso que lleva por título *Maria Calderon*, se ha leído y aprobado en la noche del miércoles anterior. De ambas producciones tenemos las mejores noticias.

El teatro del Drama no nos ha ofrecido en la semana anterior ninguna novedad que merezca mencionarse. En ella han continuado las representaciones del drama nuevo del señor Retes, titulado *Conde, ministro y lacayo*, alternando con otras piecitas conocidas. Dícese que la empresa de este teatro piensa seriamente en organizar su compañía de una manera que baste á satisfacer las justas exigencias del público. Sinceramente deseamos que así lo haga, por amor al arte y porque salga de una vez del estado en que se encuentra el teatro llamado por su importancia á ser el segundo de la corte.

Tampoco podemos referir novedad alguna del teatro del Instituto, sin embargo de lo cual lo hemos visto constantemente lleno en la anterior semana con la representación del *Corazon de un bandido* y el *Congreso de gitanos*. Lo diremos con franqueza. No creemos que esta afición sea en el público caprichosa y extravagante. Débese, sin disputa alguna, á que el señor Dardalla tiene para el género andaluz un talento cómico de grandes proporciones. El público le oye siempre con gusto, porque el señor Dardalla desempeña estos papeles con admirable maestría: y tanto en el *Corazon de un bandido*, donde su papel es de un género sentimental y delicado, como en el *Congreso de gitanos*, donde es jocoso y ridículo, sabe darles todo el colorido que les conviene, ejecutándolos siempre con un profundo conocimiento de su verdadero carácter.

El teatro de Variedades ha puesto en escena *Un imposible de amor*, comedia en tres actos, que sobre no ser del género que mas gusta en el teatro de la calle de la Magdalena, tiene la desventaja de que atendido su argumento, no cabe en las reducidas proporciones de aquel escenario. Para que su éxito fuese menos brillante, se ha encomendado el papel de Laura á la señora Ramos, que lo representa con la misma propiedad que pudiera hacer el señor Aznar el papel de Fernando en esta comedia. La señora Ramos es una actriz muy apreciable; pero representando el papel de Laura en *Un imposible de amor*, está enteramente fuera de su lugar. Este papel debió representarlo la señorita Samaniego, á cuyo carácter y dulces maneras se adapta tan perfectamente.

Además de estas novedades ocurridas en los teatros públicos, ha habido otra muy notable en el de Palacio, donde se ha representado por dos veces durante la semana anterior la ópera *Straniera* de Bellini, obteniendo un éxito brillantísimo. La ejecución ha sido tan esmerada como era posible imaginarlo, como debia esperarse de las grandes facultades artísticas de la Señora de Vega y de los Señores Castells y Manzo. El lujo y la riqueza de los trages correspondió al esplendor de la regia mansion donde se ejecutaba la ópera; y las decoraciones pintadas espresamente para este objeto, han sorprendido por su extraordinario mérito á todos los concurrentes.

Hé aquí las únicas noticias que podemos dar á nuestros lectores sobre teatros, hasta que el de la Ópera nos ofrezca alguna interesante novedad de que podamos ocuparnos.

A.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

LXVI.

La muerte de Busons, no puede disculparla la historia, por las circunstancias que le precedieron. Sobre el rey o Calomarde cae toda la responsabilidad. Hallamos mas culpable al segundo. Temia á Busons, ó á los papeles que poseia, y por eso procuró su captura y su muerte. Nadie menos autorizado que él para proceder de este modo. Dió sin embargo con gusto las recompensas, porque recaian sobre un hecho que quitaba á la historia, segun el poco político ministro creia, las pruebas de su conducta, no muy honrosa.

Gustaba á Calomarde jugar con los hombres y sus vidas, y como conquistaba con sus adulaciones el afecto del monarca y le servia casi en todo, reinaba a la par de él, y podríamos decir que no disponia el rey de su propia voluntad si se oponia á ella el favorito astuto ministro. Y cuidado que al sentar nosotros tan grave hipótesis, tenemos presente mas de un hecho concluyente á nuestro favor. Mas de una vez mandó Fernando se le entregaran comunicaciones sin que antes las viera Calomarde, y ordenaba providencias que no le consultaba, por creer que las variaria su ministro irresponsable.

En cuanto á los que mediaron en la captura de Busons, cumplieron con escusivo celo su cometido; y correspondieron dignamente á la confianza que en ellos se depositó.

LXVII.

Don Rafael Bosch y Ballester, teniente coronel sin calificación, jefe de los sublevados en los corregimientos de Mataró y Gerona, que intimó la rendición del fuerte real de Hostalrich, bloqueándolo y hostilizando las tropas, publicando proclamas, batiéndose en Santa Coloma de Farnés y San Hilario despues de publicado el indulto del rey, fué ejecutado en Tarragona y colgado en la horca, anunciándose su muerte con las señas de costumbre. En el acto se quemaron por el verdugo las cuatro banderas cogidas á los sublevados, una gran cantidad de proclamas, y rompió el mismo 130 espadas, que consideró el conde de España profanadas.

LXVIII.

Otro de los insurrectos á quien estaba reservado un gran papel aunque no ruidoso para él, fué el canónigo lectoral de Vich don José Corrons, vice-presidente de la junta de Manresa.

Tratado con una benignidad no usada con sus compañeros presos como él y por la misma causa, y que terminaron sus dias en el suplicio, llegó Corrons á convertirse de preso en consejero, y á ejercer un notable ascendiente sobre uno de los principales jefes militares de Cataluña.

Tomando el clero como suya la causa de Corrons le salvó del patíbulo. Mas no les bastó esto, y con profunda sagacidad.... empezaron á minar sordamente el terreno donde habian de suceder los acontecimientos que mas adelante tuvieron lugar.

A Corrons se le vió luego tener tal influencia sobre el conde de España que sorprendió á cuantos lo conocieron. Hubo mas: se vió una variación disimulada en los sentimientos del conde, sentimientos que se trataban en muchos de sus actos de entonces, por mas que tratara de disimularlos con su profunda astucia. Posteriores sucesos serán la clave de unos hechos que no pueden ser aun esclarecidos.

LXIX.

Debemos probar la criminalidad de Corrons, de suma importancia para facilitar el conocimiento de muchos actos anteriores y posteriores.

A la vista la declaración que prestó en la causa que se le formó, nos basta ella sola para nuestro propósito. Ya mas allá. Es indudable que opuesto el cabildo de Vich á una rebelion que menoscababa la dignidad real, no hubiera nombrado á su canónigo lectoral, miembro de la junta de Manresa, y no contestaria en este caso el señor Corrons, que cuando fué nombrado por la junta corregimental de Vich, ya lo habia sido por su cabildo, y estaba autorizado por este para separarse de la iglesia. El nombramiento de la junta, fué, pues, una ratificación del que hizo el cabildo, con pleno conocimiento de causa, porque no es verosímil alegar ignorar un cuerpo de su clase el objeto para que elegia á uno de sus miembros.

El mismo Corrons confiesa se presentó al obispo de Vich consultándole sobre su nombramiento, y que por toda respuesta se encogió de hombros, diciéndole despues, que procurara, sobre todo, que la gente armada no insultara ni atropellara los pueblos.

La preposición y el adjetivo sobre todo, demuestran antecedentes en su ilustrísima; y aunque nos limitáramos á dar crédito á lo único que espone Corrons, habia lugar para hacer gravísimos y fundados cargos al obispo.

Prescindiendo de las contradicciones de que adolece la declaración de Corrons, porque es inconcebible que un eclesiástico de su reconocida ilustración asistiera á una junta sin saber sus decisiones, y fuera miembro de ella sin estar orientado en sus negocios, para conocer siquiera el fin que se proponian, seria suficiente para probar su criminalidad un oficio fechado el 21 de setiembre que dirigió á Busons, firmándole como vicepresidente, y en el cual le incluía otro de Rafi Vidal, relativo á la llegada de Romagosa, añadiendo, que habia ofendido á Rafi Vidal para que siguiera en sus operaciones militares y hostilidades con toda actividad, hasta nueva orden, para evitar que el enemigo les engañara.

Consta ademas que se hallaba Corrons en la junta, cuando se dictó, discutió y aprobó la proclama del 4 de octubre.

En el mismo exámen que se hace de la causa, se califica de criminal la conducta de Corrons, y se le trata con la severidad que no empleamos nosotros. Comparáramos las líneas que se le dedican, si no fuera bastante lo que dejamos espuesto, que servirá á la vez de contestación á los que, con el solo antecedente de algunas relaciones equivocadas, han tratado de convencernos de la inculpabilidad de Corrons, que la hubiéramos descado en obsequio á su respetable clase. Pero ella misma hace resaltar mas su conducta, y exige mayor severidad en el historiador.

LXX.

Terminada en el suplicio la vida de casi todos los jefes de la insurrección, quedaban aun sobre trescientos oficiales prisioneros. Inclínabase Calomarde á su fusilamiento, pero hallando oposición en las autoridades militares de Cataluña, emplearon activamente sus nobles esfuerzos, se comunicaron directamente con el rey, que ya estaba por este tiempo en Valencia, y se salvó la vida de aquella multitud de españoles, si bien fueron embarcados para el presidio de Ceuta.

LXXI.

Tocamos al fin de la historia de la insurrección de 1827; y réstanos lo mas grave de ella: examinarla y esponer sus funestísimas consecuencias; consecuencias que, si bien dimanaron de aquella rebelion, fué su instrumento el mismo que la sofocó.

Antes de entrar en otros detalles, vamos á referir un incidente de interés.

Estando el conde de España en Vich, metió un dia en un saco toda la correspondencia, las delaciones, las pruebas y las causas fenecidas, y derramándolo en una chimenea encendida, lo redujo todo á pavesas.

«Centenares de familias, decia el conde, quedan en salvo.... Las leyes y los tribunales exigirán en vano los datos para perseguirlas.... Cuando alguno reclame antecedentes, se le satisfará diciéndole, que están bien asegurados en el archivo que dejo en Vich.... Mi conciencia me dice que he evitado muchas lágrimas, y dispensado un bien á la humanidad, despues de prestar un gran servicio al rey.»

No sabemos que encarecer mas, si el acto, ó los sentimientos, que segun el conde, lo emanaban. Pero, ¿eran verídicos estos tan puros y nobles sentimientos? Si lo eran, ¿por qué quemar unas causas para empezar á remover otras sobre las que se habia echado hacia tiempo el velo de la amnistia? ¿Por qué enjugaba unas lágrimas y hacia derramar luego torrentes de ellas? ¿Por qué evitaba nuevas prisiones y henchia luego los calabozos de la ciudadela de Barcelona? ¿Por qué derrocaba el patíbulo, si lo levantaba despues multiplicándolo? ¿Por qué suspendia el derramamiento de sangre y se saciaba á poco en verterla?.... ¿Por qué abrió su corazón á la clemencia para cerrarle á los mas humanos sentimientos?... No le culpamos por lo que dejó de hacer; vamos á juzgar lo que hizo. Oprímese nos el corazón al referirlo, y necesitamos para ello tener tranquilo nuestro espíritu, y sosegar los sentimientos de nuestro corazón sublevados al aspecto del horrible cuadro que se desenvuelve á nuestra vista.

LXXII.

Sabido es que desde el año 23 guarnecian los franceses la plaza de Barcelona, hasta noviembre de 1827, que la evacuaron por desear el rey fijar su morada por algun tiempo en la capital del Principado.

Los barceloneses á quienes era duro el sacrificio de su amor patrio, al ver aquellas extrañas tropas; se conformaban por la cordura que en sus gefes habian visto, que evitaron mas de una víctima, interponiéndose como mediadores entre los que se les señalaba como delincuentes y sus perseguidores.

La alegría por la marcha de los franceses, se atenuó con el temor de la pérdida de tan buenos aliados si las circunstancias empeoraban; las cuales no tardaron mucho en justificar los temores del pueblo catalán.

Al marchar el vizconde de Reiset, comandante general de las tropas francesas, dijo á S. M.: *Para mantener la tranquilidad en Barcelona, solo bastan cuatro hombres y un cabo; pues los industrioses barceloneses, inclinados por naturaleza al trabajo y al sosiego solo cuidan de aumentar su industria y de obedecer al gobierno constituido.*

El vizconde de Reiset, hablaba por experiencia, y con exactitud. Posteriormente nos ha dicho otro tanto

un general que lo ha sido mucho tiempo del Principado, y lo fundaba. El conde de España, se propuso sin embargo desmentirlo, exasperando los ánimos de los catalanes, tan dulces para la paz, como fieros para la guerra.

LXXIII.

El conde de España entró en Barcelona al frente de sus tropas, y ordenó que se presentaran inmediatamente en las casas consistoriales cuantos habian pertenecido á las filas de la Milicia Nacional. Algunos miles de hombres que habian compuesto los seis batallones que se formaron, obedecieron.

El objeto de aquella reunion, segun dijo el conde de España, era saber si tenia algun individuo armas, municiones, vestuario ú otro efecto perteneciente á la Milicia; y á las once de la noche, por resolución del acuerdo se retiraron todos hasta segunda orden.

Ahora bien ¿qué temor inspiraban al conde los ex-milicianos? ¿fomentarian la insurrección? ¡Imposible! fueron los que se prestaron voluntariamente á sofocarla, proporcionando sus personas é intereses. No era el temor lo que le impulsaba á estos actos; tenia otra razon desconocida hasta entonces, ó mejor, hasta la partida del rey de Barcelona que quedó de jefe del Principado: de gobernador de la plaza el conde de Villemur, ministro que ha sido de don Carlos; de subdelegado de policía don José Vitor de Oñate, y de teniente rey de la ciudadela don Manuel Breton. Villemur y Oñate no conocian á los catalanes, cuando empezaron á tratarlos con rigor, en particular el último, que formó una policía secreta de lo mas despreciable de la sociedad y de algunos de los que acababan de ir á presidio por la terminada insurrección. En muchas de las causas formadas luego, aparecia uno de ellos como delator, y dos de sus compañeros como testigos.

El conde de España se ocupaba al mismo tiempo en elegir fiscales de su confianza, nombrando á los señores Chaparro, Cuello, y al inolvidable don Francisco de Paula Cantillon.

Los enterados en tales antecedentes los veian con asombro, y no comprendian la causa de unas disposiciones que eran bastante significativas. La insurrección no pensaba en imitar al Fenix de la fábula: los liberales esperaban del rey, ya que no lo que desearan, lo que les hiciera al menos sobrellevar su triste situación. Era, pues, evidente que no habia motivo de temor.

Pero no obstante, el conde de España habia preparado la escena para presentar un espectáculo trágico, sangriento, horrible, parecido á una galeria fúnebre de espectros, y que hacia recordar los aciagos dias de las desventuradas Lyon, Marsella y Nantes, durante el reinado del terror en el vecino reino.

Perdónenos la memoria del conde de España, perdónenos sus deudos, sus amigos; la historia es un testigo severo, imparcial.... Esponemos con datos, y culpamos con pruebas; y cuando dudamos, somos el juez que quiere hallar mejor en el reo un inocente que un culpable.

Vamos, pues, á descórrer el velo que oculta un cuadro que le tenemos ya calificado.

A. P.

PAGINAS SUELTAS DE UN VIAGERO.

II.

LA PESCA NOCTURNA.

Serian las doce cuando llegamos á Villanueva.

Villanueva fué llamada por los romanos *Peninlucos* y se encuentra situada en el extremo oriental del lago Leman. El Ródano, que baja del Jura, en donde tiene su origen pasa á una media hora de distancia del camino de este pueblecillo, señala los límites del canton de Vaux que adelantándose en punta, se estiende ademas cinco leguas mas allá y le separa del Vallés. Un celerífero espera á los pasajeros que llegan en el vapor y en la misma tarde los conduce á Bex, en cuyo parage se hace generalmente noche. Con la hora de delante que tenia yo ganada caminando por tierra tuve tiempo suficiente para llegar hasta donde el Ródano se lanza aborquillándose pardo y arenoso en el lago, para depositar en él todo su cieno, y volver á salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en su longitud.

Cuando regresé á Villanueva estaba ya dispuesto el carruaje para partir: en castigo de mi ausencia me habian dejado el sitio que todos consideraban como peor, y que yo indudablemente hubiera escogido como el mejor; en la delantera, junto al mayoral, espuesto á la intemperie, pero tambien en disposicion de gozar mas que nadie de la bella perspectiva que la naturaleza ofrecia á nuestros ojos en aquel valle de dos leguas de ancho al empezar, y que va estrechándose mas y mas, hasta San Mauricio, en donde está ya tan encajonado entre las montañas y el Ródano, que se puede muy bien cerrar con una puerta.

A derecha é izquierda del río y de media en media legua, se veian una infinidad de pueblecillos pintorescos, y volvia á desaparecer casi al mismo tiempo, sin que la velocidad de nuestra carrera nos permitiese ver otra cosa de ellos, que su atrevida situación en la

falda de la montaña: los unos, á punto de resvalarse por un rápido declive en que formaban escalones las cepas; los altos pinos en una plataforma, rodeados de abetos, á manera de nidos de pájaros, ocultos en la enramada; otros finalmente dominando un precipicio, y no dejando adivinar siquiera el camino para dirigirse á ellos. Despues en el fondo de este paisaje, á la izquierda, el Diente de Morcles, encarnado como un ladrillo cuando sale del horno, elevándose á siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; y á la derecha su hermano el Diente del Mediodía, que levanta su cabeza blanca por la nieve que le cubre ocho mil quinientos pies hacia las nubes; ambos iluminados distintamente por los últimos rayos del sol, ambos destacándose en un cielo azul, el Diente del Mediodía por una pálida tinta de rosa, y el Diente de Morcles por su color encendido. De todo esto disfrutaba yo

Mauricio lanzó un profundo suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, el cual le habia visto ya tantas veces en la misma situacion sin que le sacase de ella, y no habia probabilidad de que entonces hiciese un milagro en su favor. Cogió, pues, con un brio que rayaba en desesperacion una hoz que estaba colgada entre los utensilios de cocina, y una linterna tan rara, que se hace digna de una descripcion particular.

Era un globo de asta con su tubo de hoja de lata, de tres pies de longitud, del mismo grueso y de la misma forma que un mango de escoba. El globo estaba herméticamente cerrado, de manera que la torcida que ardia en la parte interior de la linterna no recibia aire sino por el tubo, evitándose de este modo que pudiera ser apagada por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que vd. me acompaña? me preguntó Mauri-

esponerme á un nuevo accidente del mismo género. Todas estas reflexiones instantáneas, la vergüenza, el dolor, y la sangre que se me subia á la cabeza, me hicieron salir de mis casillas y me paré muy encolerizado en medio del camino; di una recia patada, y con voz sonora, aunque trémula, grité estas terribles palabras, que eran mi último recurso.

—¡Maldito seas, Mauricio! espere vd.

Parece que la desesperacion habia dado á tan lacónico, pero enérgico mandato, un acento amenazador que resonó formidablemente en los oídos de Mauricio, pues al momento se detuvo y la linterna pasó de su estado de agitacion al de la inmovilidad, dándole el aspecto de una estrella fija.

—¡Por los santos, exclamé acercándome al chico, que es vd. una excelente pieza! ¿Con que oye vd. que doy un batacazo capaz de hundir las calles del pueblo,



Suiza.—El Vallés.—Vista de Sion.

en castigo de mi tardanza, al paso que los de adentro, cerrados herméticamente, se alegraban de librarse de aquel aire frio, que yo no experimentaba, y á través del cual contemplaba estasiado aquel país tan hechicero.

Al anochecer llegamos á Bex, y el carruage hizo alto á la puerta de una posada de las que no se encuentran mas que en Suiza. Enfrente habia una iglesia, que como casi todos los monumentos religiosos del Vallés, parecia por su estilo romano obra de los primeros cristianos.

Esperábamos la comida y en su consecuencia nos sentamos á la mesa, y encontramos tan rico el pescado que pedimos del mismo para almorzar al dia siguiente. Cito este hecho al parecer insignificante, porque fué causa de darme á conocer un nuevo método de pescar que yo no conocia, y que jamás observé mas que en el Vallés.

No bien hubimos todos manifestado nuestro gastronómico deseo, cuando la posadera llamó á un mozo de unos diez y ocho á veinte años, que reunia, segun vi, las diversas atribuciones de mandadero, pinche de cocina y limpiabotas. Vino este medio dormido y recibió la orden, á pesar de mil espresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer, de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor (y me señaló á mí con el dedo la posadera). Mauricio, que este era el nombre del pescador, se volvió hacia el parage donde yo estaba y me lanzó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvencion, que me condoli al reflexionar lo que iba á sufrir aquel desdichado manco para no desesperarse viéndose precisado á obedecer.

—No obstante, dije; si esa pesca es cosa de mucho trabajo para este chico (y el rostro de Mauricio se animaba á medida que mis palabras daban un sentido favorable á sus deseos); si esa pesca...

La posadera me interrumpió diciendo:

—¡Bah, bah!... eso se despacha en menos de una hora... Vamos, perezoso, coge tu linterna y tu hoz, añadi dirigiéndose á Mauricio que habia vuelto á caer en la resignada apatía habitual á las gentes acostumbradas á obedecer, y date prisa. Tu linterna y tu hoz para ir á pescar.

Ya no hubo remedio para Mauricio, pues tuve vehementes deseos de ver pescar lo mismo que hacer faginas.

cio despues de haber hecho sus preparativos, y observando que me disponia á seguirle.

—Si, le contesté, porque creo que ese modo de pescar ha de ser bastante original.

—Si, si, murmuró entre dientes, es cosa muy original verle á uno tiritando y andando por el agua, que nos llega hasta el vientre, cuando uno deberia estar durmiendo, y hasta metido el pescuezo en la paja.... ¿Quiere vd. luz y linterna?... También pescará vd., y eso será todavia mucho mas original.

Un *¿todavía estás ahí, animal?* que se oyó en un aposento contiguo, me dispuso de responder á Mauricio, rehusando su oferta, y en la cual se encerraba por lo menos tanta cinica amargura como el deseo de proporcionarme una diversion agradable. Al mismo tiempo se oyeron los pasos de la posadera, que acompañaba su venida con una especie de sordo refunfuño, que nada bueno presagiaba para Mauricio. El tambien lo comprendió así, y por eso abrió la puerta con rapidez, salió y la volvió á cerrar sin esperarme.

—Soy yo, dije abriendo la puerta, y siguiendo con la vista la linterna que ya estaba á cuarenta pasos de distancia: soy yo quien he detenido al muchacho haciéndole varias preguntas sobre la pesca, y por lo tanto no debe vd. reñirle.

Y eché á correr á todo escape, para alcanzar la linterna que ya iba desapareciendo.

Como mis ojos estaban fijos en una línea horizontal, pues temia perder de vista mi preciosa lumbrera, apenas hube corrido diez pasos, cuando se enredaron mis pies con las cadenas del celerífero, y fui á parar, haciendo un horroroso estrépito á la mitad del camino, en cuyo extremo relucia mi estrella polar. Esta caída que oyó Mauricio, lejos de detenerle le dió nuevo impulso y velocidad á su carrera, pues conocía que entonces tenia que temer dos regaños en lugar de uno. La maldita linterna parecia un fuego fátuo; tan pronto se alejaba con rapidéz, como saltaba al mismo tiempo que se alejaba. Yo habia perdido un minuto de tiempo en caer, levantarme y palparme todo el cuerpo por si me habia roto algo; Mauricio mientras tanto habia ganado terreno, y comencé á perder la esperanza de alcanzarle, á sentir los dolores del contacto forzado que mis rodillas y el juanete de mi carrillo izquierdo habian tenido con el suelo, y á conocer la necesidad de ir mas despacio, si no queria

porque no veo, y echa vd. á correr mas á prisa todavia con su linterna? Mire vd., y le enseñé el pantalón roto; mire vd., y le enseñé mi desollada megilla; me he hecho mucho daño, y todo por las malditas cadenas del celerífero, pues las dejan colgando.... en ninguna parte lo he visto; pero si al menos pusiesen faroles.... Mire vd., mire vd. qué precioso estoy....

Mauricio miró todas mis contusiones, escuchó todas mis quejas, y cuando concluí de sacudirme el polvo y de quitarme una porcion de piedrecillas que se me habian incrustado como mosaico en las manos, me dijo:

—Estas son las consecuencias de ir á pescar á las nueve y media de la noche.

Y echó á andar otra vez con mucha flemma.

Habia en el fondo de esta egoista respuesta bastante verdad, y así tuve por conveniente no volverle á argüir, aun cuando hubiera podido hacerlo de infinitas maneras. Continuamos, pues, andando como unos diez minutos, sin hablar una sola palabra, en el círculo de la vacilante luz que en derredor nuestro proyectaba la maldita linterna, y al cabo de ellos se paró Mauricio y dijo:

—Ya llegamos.

En efecto, oia quebrarse en una especie de borranca las aguas de un riachuelo que descendia de la vertiente occidental del monte Meville, y que atravesando la carretera por debajo de un puente que empezaba á distinguir, iba á desembocar en el Rodano, distante de aquel sitio unos doscientos pasos.

En tanto que yo observaba todo esto, Mauricio hacia sus preparativos que consistian en quitarse los zapatos, las polainas y los calzones, y en remangarse la camisa, arrollándola y sujetándola con alfileres á la chupa. Con este antifio disfraz se parecia nuestro heroe á un retrato de cuerpo entero de Holbein ó Alberto Durer. Atónito le contemplaba yo, cuando se volvió á mí de repente diciéndome:

—¿Y vd. no me imita?

—¿Pero vá vd. á meterse en el agua?

—Está claro; de lo contrario se quedaria vd. muerta sin almorzar truchas.

—Es que yo no quiero pescar.

—Luego solo ha venido para verme pescar.

—Ciertamente.

—Entonces puede vd. quitarse el pantalón, á no ser

que quiera entrar con él en el agua.... Puede vd. hacerlo si gusta, pues dice el adagio, que sobre gustos no hay nada escrito.

Diciendo esto empezó á descender por la pedregosa larranca, en cuyo fondo bramaba el torrente, y en donde debía verificarse la pesca milagrosa. Yo le seguí tambaleándome sobre los pedernales que rodaban bajo mis pies, y afianzándome de vez en cuando á él que caminaba mas firme y mas tieso que un palo. Nos quedaban que bajar unos treinta pies de aquel rápido y movedizo camino, y Mauricio conoció el trabajo que me costaba hacerlo sin su auxilio.

—Tome vd., me dijo, lleve esa linterna.

Al punto la cogí sin hacerme rogar, y con la mano que yo le dejaba libre me agarré por debajo del sobaco con una fuerza que yo creía imposible en un cuerpecillo como el suyo; fuerza de montañés que he visto en iguales circunstancias en un niño de diez años. Me sostuvo y me condujo á aquella peligrosa bajada, tan bien, que gracias á su auxilio llegué sin peligro al término del viaje, olvidándose como fiel guía del rencor que hasta entonces me habia conservado. Introduje la mano en el agua y la encontré helada.

—¿Se va vd. á meter ahí dentro, Mauricio? le pregunté.

—Si, señor, contestó cogiéndome la linterna y metiendo un pie en el torrente.

—Pero repare, le dije, que ese agua está helada.

—Como que sale de una nevera que hay á media legua de aquí, me respondió sin comprender el sentido de mi exclamación.

—Mauricio, yo no quiero que se meta vd. en ese agua.

—¿Pero no ha dicho vd. que quiere truchas para almorzar mañana?

—Si, señor, lo he dicho, pero ignoraba que para satisfacer mi antojo era necesario que un hombre.... que vd. se metiese hasta la cintura en ese torrente helado á riesgo de morir dentro de ocho dias de un ataque de pecho.... con que vámonos, vámonos.

—¿Y qué dirá entonces el ama?

—Diga lo que se le antoje; yo me encargo de la respuesta, que gracias á su auxilio llegué sin peligro al término del viaje, olvidándose como fiel guía del rencor que hasta entonces me habia conservado. Introduje la mano en el agua y la encontré helada.

—Señor mio, es imposible.

Y metió en el agua la otra pierna.

—¿Cómo imposible!

—Es claro. Pues qué ¿no hay mas que vd. á quien le gusten las truchas?

No comprendo la razon; pero todos los viajeros se mueren por ellas, por un pescado tan malo, tan lleno de espinas.... en fin, sobre gustos no hay nada escrito.

—¿Y qué quiere decir eso?

—¿Qué quiere decir?

que si no son para vd., serán para otro; y ya que me hallo aquí no tengo otro remedio que pescar. Mire vd., hay otros viajeros á quienes les gusta la gamuza, y dicen: «Mañana al volver de las salinas deseamos comer gamuza.»

—¿Gamuza! ¿una carne tan mala y tan negra! Lo mismo seria comer macho cabrio. Entonces el ama llama á Pedro como llamó á Mauricio cuando vd. dijo: quiero comer truchas, porque Pedro es el cazador, y le dice: «Muchacho, necesito una gamuza.» como me dijo á mí: «Mauricio, necesito truchas.» Pedro responde: «Está bien.»

y parte con su escopeta al hombro á las dos de la mañana. Atraviesa por ventisqueros, en cuyas hendiduras cabria todo nuestro pueblo entero y verdadero; trepa por rocas, en las cuales vd. se rompería la cabeza veinte veces, si se ha de juzgar por la destreza con que ha bajado hasta este sitio, y luego á las cuatro de la tarde torna cargado con un animalito, hasta que llega un dia en que no vuelve.

—¿Cómo pues?

—Si, señor, no hay mas. Juan fué el antecesor de Pedro y se mató, y José que era el mio, murió de una enfermedad semejante á aquella de la cual hace poco me hablaba. Pues bien, ni eso me impide á mí pescar truchas, ni á Pedro cazar gamuzas.

—Sin embargo, creo haber oído decir, contesté asombrado, que esos ejercicios eran únicamente distracciones para los que se entregaban á ellos; distracciones que despues se convertian en necesidad irresistible; que habia pescadores y cazadores que marchaban en busca de esos peligros como en busca de una fiesta; que pasaban la noche en las montañas para esperar en acecho á las gamuzas; que dormian en la orilla de los rios, para echar sus anzuelos al rayar el dia.

—Con efecto, respondió Mauricio con un acento profundo de que no le creía incapaz. Con efecto, hay algunos como esos de que vd. me habla.

—¿Y quiénes son ellos?

—Los que cazan y pescan para su provecho esclusivo.

Dejé caer mi cabeza sobre el pecho sin cesar de mirar á aquel hombre que acababa de poner, sin repararlo, un argumento tan amargo en la desigual balanza de la justicia humana. En medio de aquellas montañas, en aquellos Alpes, en aquel pais de las eternas nieves, de las águilas y de la libertad, se ventilaba sin esperanza de ganarlo el gran pleito de los que no poseen contra los que poseen. Allí tambien habia hombres adiestrados como los cuervos marinos y perros de caza para llevar á sus amos la pesca y la caza, en premio de lo cual se les daba un pedazo de pan. Cosa bien estraña, porque ¿qué les impedía á aquellos hombres el pescar y cazar para su provecho?... La costumbre de obedecer.... Por eso la libertad encuentra los mayores obstáculos en los mismos hombres á quienes trata de hacer libres.

Entretanto, Mauricio que no sospechaba á qué reflexiones me habia dado margen con su respuesta, se habia metido en el agua hasta la cintura, y daba principio á una pesca de que yo no tenia la menor idea, y que hubiera juzgado imposible á no estarla presenciando. Entonces comprendí para qué le servian los instrumentos de que yo le habia visto armarse en vez de la caña y el anzuelo.

Con efecto, la linterna estaba destinada para examinar el fondo del torrente, y el tubo cuya parte superior salia fuera del agua, dejaba penetrar en el interior del globo la cantidad de aire suficiente para alimentar la luz. De este modo se iluminaba circularmente el agua con un resplandor confuso y pálido, que iba disminuyendo á medida que se apartaba de su centro luminoso.

Las truchas que se encontraban en el círculo que iluminaba aquel resplandor no tardaban en acercarse al globo, como hacen las mariposas y murciélagos atraídos por la luz, tropezando con la linterna y dando vueltas á su alrededor. Entonces Mauricio levantaba con mucho tiento su fanal; los animalillos fascinados por la luz, le seguian en su movimiento de ascension, y luego, así que la trucha estaba á flor de agua, la daba con la hoz que tenia en la mano derecha, y con tanta habilidad, tal golpe en la cabeza, que aturdido el pez se hundia para volver á

que la juzgué en disposicion, descargué sobre su lomo un golpe con la hoz capaz de partir un tronco. El pobre animal subió hecho dos pedazos; Mauricio le cogió, lo examinó; luego le volvió á arrojar al agua, diciendo con menosprecio:

—Es una trucha deshonrada.

Deshonrada ó no, yo contaba con comer aquella y no otra, así que cogí los dos fragmentos que marchaban cada uno por su lado, y salí á la orilla. Ya era tiempo; todos los miembros de mi cuerpo estaban temblando de frio, y mis dientes chocaban unos con otros.

Mauricio me siguió, ya tenia bastante pescado; tres cuartos de hora le habian sido suficientes para pescar ocho truchas. Nos vestimos y tomamos á toda prisa el camino de la posada.

—Voto al diablo, me decía á medida que íbamos adelantando, si hubiese pasado alguno de mis treinta mil conocidos parisienses, cosa muy posible, por el camino á cuya inmediacion me entregaba hace poco al ejercicio de la pesca, y me hubiese visto dentro de un torrente helado, con un traje tan original, con una hoz en una mano y con una linterna en la otra, estoy seguro de que al cabo del tiempo necesario para su regreso de Bex á Paris, y á la llegada de los periódicos de Paris á Bex, hubiese tenido la sorpresa de leer en el primer diario que hubiese venido á mis manos, que al autor de *Antony* le habia sobrevenido la desgracia de volverse loco en su viaje á los Alpes, añadiendo: *lo que es una pérdida irreparable para el arte dramático.*

Y haciendo estas reflexiones que entretenian mi creciente congelacion, pensaba en un escabel que habia reparado en la cocina junto al hogar, y en el que cuando yo habia salido de la posada, se estiraba á cuarenta y cinco grados de calor, un enorme gato, cuya incombustibilidad admiré, y me decía: así que llegue me iré en derecha á la cocina, quitaré el gato y me colocaré en su sitio.

En efecto, dominado por esta idea, que me daba valor al mismo tiempo que esperanza, apreté el paso, y como me habia provisto de la linterna para calentarme provisionalmente los dedos, llegué sin novedad, á pesar de mi marcha acelerada, á la puerta de la posada, en cuya cocina debia encontrar al bienhadado escabel, objeto entonces de todos mis deseos. Llamé como hombre que no tiene tiempo para esperar, vino á abrir la misma posadera, pasé á su lado como una aparicion, atravesé el comedor como si alguien me persiguiera y me precipité en la cocina: la lumbre estaba apagada.

Al mismo tiempo vi á la posadera que me habia seguido tan de prisa como pudo, que preguntaba á Mauricio: —¿Qué tiene ese callero?

—Me parece que tiene frio, respondió Mauricio.

Diez minutos despues me hallaba en una cama templada con el calentador, y tenia junto á la calceera un vaso de vino caliente, habiéndome parecido los síntomas demasiado alarmantes para atacar al mal con tónicos.

Gracias á esta enérgica medida me libré de un reuma atroz.

Pero tambien he tenido el honor de ser el primero en descubrir y justificar un hecho importante para la ciencia, y que espero me agradecerá el Instituto y el *Arte de cocina.*

Y es que en el Vallés se pescan las truchas con una hoz y una linterna.

(Extractado de las impresiones de viajes de A. Dumas).



Situación peligrosa de los cazadores en las montañas del Vallés.

subir al instante muerto y ensangrentado, y pasar acto continuo al morral del pescador.

Yo estaba atónito, habia quedado confundida aquella inteligencia superior, con la que cinco minutos antes estaba tan orgulloso, pues no hay duda alguna que si la vispera me hubiese encontrado en una isla desierta, con truchas en el fondo de un rio por único alimento, y con una linterna y una luz para pescarlas, aquella inteligencia superior no me hubiese estorbado el morir de hambre.

Mauricio no podia figurarse por ningun título la admiracion que acababa de causarme, y continuaba aumentando mi entusiasmo con repetidas pruebas de su habilidad, escogiendo como un propietario en su vivero, las truchas que le parecian mejores, y dejando dar vueltas impunemente en torno de la linterna á los pececillos que no le parecian dignos de nadar en salsa. Llegó por último el momento en que no pude detenerme, y quitándome las botas, las medias y el pantalón, me puse de pescador como Mauricio, y sin reflexionar que el agua estaba á dos grados sobre cero, sin reparar en los pedernales que cortaban mis pies, fui á coger de manos de mi acólito la luz y la linterna, cabalmente cuando apareció una soberbia trucha, y trayéndola á la superficie con las precauciones de que yo habia visto valerse á mi predecesor, así

SEMANA JUDICIAL.

CAUSA CONTRA DON ALVARO DE LUNA.

Casi mejor que en esta parte debiera estar en la histórica el suplicio de don Alvaro de Luna, porque ni se le formó causa en la rigurosa inteligencia de la palabra, ni los cargos que pretestaron su condena ofrecen, ni su desnudez, y la celeridad y secreto con que se dispuso su muerte, interés bastante para presentar su proceso entre los de mayor celebridad. Son, por otra parte, generalmente conocidos porque se han publicado, aunque no exacta ni estensamente, los detalles de la ejecucion del condestable de Castilla, único hecho que fué del dominio público. Si nada pudiéramos añadir sobre el mismo, si nos limitásemos como algunos escritores á presentarle desnudo de antecesor

dentos, no merecería por cierto la atención de nuestros lectores. Pero dándoles á conocer al elevado personaje que desde la posición mas encumbrada descendió de improviso, cual herido de un rayo, al tablado de los ajusticiados, y desde el solio que sustentaba vino á rodar á los pies del verdugo, comprenderán la importancia de su desgracia, y no será solo su fin funesto el que vean aislado, será la historia de un período importante del reino de Castilla en él personificado. Otro motivo nos ha inducido á ocuparnos de la causa de don Alvaro de Luna, el haberlo hecho de la de Antonio Perez con quien tantos puntos de contacto tuvo el condestable de Castilla. Rico como aquel de dotes personales, fué como aquel favorito del soberano, y perseguido como aquel por el mismo á quien debió su distinguida y envidiada posición. Y fué mas, y á mas llegó su poder, y fueron mas famosos sus hechos, como veremos por la sucinta relación que haremos de su vida; teniendo á la vista su crónica y la del rey don Juan II.

Fué bastardo su nacimiento. Su padre del mismo nombre era señor de varios pueblos, y copero mayor de don Enrique III, por los servicios que á Enrique II hizo su padre. El papa Benedicto era abuelo de don Alvaro; parientes inmediatos del mismo los arzobispos de Toledo y Zaragoza; y un prior de la orden de San Juan y otros, y otros vástagos ilustres de la antigua casa aragonesa de Luna acrecían mas y mas su grandeza y nobleza principal.

Huérfano á los pocos años, y accediendo á sus deseos, y admirado de su disposición y gentileza, le presentó y quedó al rey don Juan II, su tío el arzobispo de Toledo. Niño también don Juan, se le aficionó tanto que no podía separarse de su lado, y dos años después, el 1410, le hizo su page. No tardó mucho en experimentar el cariño que le cobrara el monarca, cuya melancolía desterró volviendo presuroso, á ruego de la reina madre doña Catalina, de la visita que hizo á su tío. Maestresala poco después, ya comenzó á sentir los efectos de la envidia palaciega, y á pretexto de acompañar á la infanta doña María á su casamiento con don Alfonso, heredero de la corona de Aragón, fué apartado de don Juan. Conoció en aquel reino á su santidad, y apremiado por las instancias del rey y su madre, y de los grandes, regresó de nuevo al lado de don Juan, que tanto se opuso á su separación, y que le costó tantas lágrimas.

Querido de las damas de palacio por su galantería y canciones, por su cordura y conversación, por su figura y gracia, por su viveza y bizarría, una evasiva cortés que dió á la declaración de la principal, dió margen á su tercer ausencia, escapándose de la cámara á que le había llamado la reina madre para casarle de sorpresa. De nuevo suplicó el rey, que no se hallaba sin él, ni se dejaba servir de otro, y tornó de nuevo á su compañía.

En el año 1418 murió la reina madre, y en el 19 se celebraron en Madrid para la entrega del reino grandes fiestas, torneos y justas, no concluidas por la grave herida que recibió en ellas don Alvaro. Después de haber roto muchas lanzas, y avisándole el rey se retirase, le pidió licencia para una carrera mas con un famoso justador y puntero, al que arrancó de la silla quebrando la lanza, y del que fué maltratado en la cabeza con sentimiento general, y aun llanto. Su vida corrió gran riesgo, salvándose al cabo, perdiendo veinte y cuatro huesos. Visitado diariamente por el rey y los grandes; oraciones, ayunos, votos, promesas, nada escasearon sus afectos por conseguir su salud. Entre los ofrecimientos que á Dios se hicieron, nos ha llamado la atención el de no comer mas cabeza.

Restablecido, pasó á Segovia; halló en la corte á los infantes don Juan y don Enrique, hermanos, que intrigaban y algunos grandes, porque decayese de la gracia real, y comenzó el hombre de estado. Lleno de resolución, «Señor, dijo al rey ante ellos, pues yo solo quedo, é todos estos caballeros tienen fechas sus compañías ante vuestra cámara, mandad á mi ante ellos que me acueste á los pies de vuestra cama.» Y le fué concedido con rabia de ellos que en vano habían procurado señal tan marcada de distinción en aquel tiempo. Y deshizo luego tan formidable bando enviando á unos señores á sus castillos, y á los menos temibles al consejo, casando al infante don Juan con la reina de Navarra doña Blanca, y desterrando á don Enrique. Hecho este alarde de su influjo y audacia, le hizo también de su poder sacando por primera vez de su casa 300 hombres de armas, entre quienes brillaban 4 señores y muchos nobles é hijos de grandes que solicitaron militar bajo su estandarte.

Resentido don Enrique, cayó de improviso sobre Tordesillas en la madrugada del 14 de julio de 1420, y forzando con sus parciales las puertas del palacio, cuya guarda era escasa y descuidada, llegó á donde dormía el rey, y á sus pies don Alvaro. «Buena gente, les dijo áspero, ¿tan de mañana, dónde? Hoy se vos es olvidada, infante, la reverencia que á los reyes es debida, cuanto mas al nuestro rey é señor natural?... ¿Cuál pensamiento fué aquel que vos hizo assayar tan feo é desmesurado atrevimiento?... E vosotros que lo seguís, recordaosvos de la grand deslealtad que acometeis?... ¿E como vos faceis parciales de una terrible é muy grave culpa?... Ploguiese á Dios que agora yo fuese muerto, é vosotros non oviesedes cometido tan deshonesto é abominable fecho.» Animado el rey, reprendió al infante, y este le dijo: «Señor, don Alvaro de Luna queremos que sea cerca de vos, que es virtuoso é bueno, é ama vuestro servicio, mas algunos de los otros apartados de

vos.» Difúndese la nueva del atentado, apréstanse los de don Alvaro, y entran los demás de don Enrique mandados por el conde de Benavente y el arzobispo de Sevilla. En tan inminente peligro de venir á las manos temen todos las consecuencias, y accede don Alvaro á presentarse con el infante para sosegar á unos y otros. Eran menores sus fuerzas, y le pareció mejor dar tiempo al tiempo. Dijo sin embargo á los suyos «estoviesen quedos, que non se habia de remediar aquel fecho por aquella vía; que el rey lo remediará é castigará cuando fuese tiempo», y todos cedieron á la influencia de su palabra. Realmente quedó el rey prisionero y le llevaron á Avila, donde casó con su prima doña María, sin que le abandonase don Alvaro, á quien inútilmente hizo las mas seductoras ofertas don Enrique por atraerle á su partido, y de quien fué muy afeado su proceder, sin atreverse á desterrarle como á los demás de la corte.

Sabedor de estos hechos el rey de Navarra don Juan, viene á Olmedo, donde convoca gente de armas para librar al rey de Castilla, y también se prepara á combatir su hermano. Pero calcula don Alvaro los males de aquella lucha, ora venciese, ora fuese derrotado don Enrique, pues que en un caso remacharía las cadenas del ilustre prisionero, y se aumentaba el escándalo, y en otro salía el rey de una prision y caía en otra; y se propone librar al rey, y lo consigue sin lidiar, aunque aventurando su persona. Hallábase en Talavera, donde casó, y allí fué invitado por el rey de Navarra, arzobispo de Toledo, y otros prelados y grandes, á que trabajase para la evasión del rey. Rehuyó sus promesas, y contestó que andaba en ello por leal á su soberano y bien de su país, exigiendo á don Juan y al arzobispo sus sellos, firmas y juramentos de no proceder contra el infante y sus secuaces. Recibido que los hubo, tuvo maña de hacer casar á don Enrique con la infanta doña Catalina, á fin de distraerle de su perenne vigilancia. Dispone una cacería para sí, y se lleva con otros al rey; oye tocar á rebato, le siguen, y se detiene á pelear en tanto huye el rey. Pasan el Tajo con apuros, y se refugian en el castillo de Montalban, que á toda prisa reparan algo y aprovisionan. Llega al día inmediato el infante, les cerca, y faltos de víveres (comieron caballo), se le presentay habla varias veces don Alvaro, conviniendo aquel en retirarse al Espinar, en que haria lo propio el rey á Segovia, y el de Navarra á Santa María de Nieva, nombrando desde allí cada uno igual número de caballeros que, reunidos, decidirían la cuestión. Alzase el cerco, y llegan á poco los que ya venían en socorro del rey.

Muy celebrado fué por esto don Alvaro, y por hacer desistir con su firmeza al de Navarra, que fué á ver al de Castilla, de su empeño en continuar junto á él. Prestando el convenio, alcanzó la plena libertad del soberano.

Agradecido este á tantos y tan eminentes servicios, le dió la villa y castillo de Santisteban con acuerdo unánime del consejo, y después la de Aillon. Su respetuosa resistencia puso coto á otras mercedes de que quiso colmarle el monarca de Castilla.

Mil caballos levantó don Enrique, y la prudencia de don Alvaro le hizo desistir de sus torcidos proyectos. Por entonces fué padrino invitado del primogénito del rey de Navarra.

Siguiendo en su propósito el ambicioso don Enrique, vino á Madrid en 1422, y quedó preso con acuerdo del consejo y de don Alvaro, á quien fué entregado, y este lo hizo al señor de Oropesa, obligado á aquel. Huyó por entonces del reino el condestable de Castilla, del bando de don Enrique, y el rey hizo condestable á don Alvaro, quedando sosegado el reino.

En 1423 nació al rey un hijo, que se llamó el príncipe don Enrique, de quien también fué padrino don Alvaro.

Codiciosos igualmente, y turbulentos los reyes de Aragón y de Navarra, se apercebían á venir sobre Castilla, so pretexto de la prision del infante; y marchó don Alvaro con sus numerosas y lucidas fuerzas, recibiendo en Palenzuela á los embajadores á él dirigidos. Por no ser dádiva de su rey, reusó las villas con que se le brindaba por la soltura de don Enrique, y se comprometió á interponer todo su valimiento para conseguirla, teniendo lugar en breve, á pesar de la repugnancia del rey, y la restitución además de todos sus bienes. En tanta estima se tenía la palabra de don Alvaro, que su respuesta bastó para conjurar la tormenta.

Corría el año 1427, florecía el reino regido mas bien por don Alvaro que por el indolente don Juan II, é ingrato don Enrique al condestable y concertado con caballeros y grandes que llevaban á mal la privanza del de Luna, y con el rey de Navarra que hallaba en él obstáculo perenne á sus demandas de ciudades, villas, y tierras, otorgadas por el soberano indiferente, á no resistirlas el hombre de gobierno, vinieron ambos sobre Valladolid, y el rey á Simancas. Otra vez don Alvaro hizo abortar la guerra civil, y pues que solo se trataba (al parecer) de su persona, no permitiéndole su amor al país retirarse tranquilo de los negocios, propuso, y se aceptó que cuatro jueces árabes, dos á dos por cada parte, decidiesen la cuestión. Resuelta su separación (le vendió uno de los de su parte por ocupar su puesto), todavía el rey le porfió se quedase. Firme, sin embargo, en su respeto al pacto, fué á su villa de Aillon, acompañado de tantos caballeros fuera de los de su servicio, que la corte quedó desierta. No tardó mucho en espiar sus malas artes el árbitro indicado que murió preso en Uceda.

Tantos y tan lamentables desórdenes produjo la ambición de don Enrique y don Juan, que quedaron al lado del rey, y tales desafueros cometían los suyos, que un clamor general llamó á don Alvaro, y los mismos don Juan y don Enrique lo suplicaron, y los arzobispos y demás prelados, los grandes, y el consejo. No habia memoria de tan unánime é imponente manifestación. Escribió el rey á don Alvaro, escusándose, y todos pidieron al rey no accediese á su ruego. Fué precisa una tercera carta en que no le admitia disculpa ni dilación para que desistiese el condestable, y aun entonces exigió que don Enrique, el rey de Navarra, y otros, jurasen la necesidad y utilidad de su vuelta. Uno á uno prestaron juramento ante el soberano, y fué forzoso partir. Acompañado de sus caballeros, mancebos, pages, y ballesteros ricamente aderezados, para lo que fueron los mas afamados artistas nacionales y extranjeros, y de grandes y prelados, salieron á recibirle don Enrique y su hermano, y tantas gentes le cercaban y besaban la mano que tardó muchas horas en llegar á palacio, donde se le adelantó y abrazó el rey, llorando los circunstantes de alegría.

Renació el contento público, y partió el de Navarra, premiando el siempre agradecido don Alvaro á sus buenos servidores.

Corría el año 1429, y el turbulento don Enrique frustró el designio de don Alvaro de mover guerra á los moros, concitando á los reyes de Aragón y de Navarra contra el de Castilla, que por consejo del condestable le prodigaba toda clase de atenciones. Sin gente bastante para resistirles, ofreció la suya don Alvaro, y fué á buscarles con 1,700 ginetes y 400 peones, sin embargo de contar los coligados 3,300 caballos y 1,000 peones escogidos, incluidos 120 de los primeros con que se les unió en Jadraque desde Ocaña don Enrique, faltando á su juramento, y frustrada su tentativa contra Toledo.

Viendo los reyes la inferioridad de las fuerzas de don Alvaro, vinieron sobre él desde Cogolludo, y aceptó la batalla al frente de los suyos arengándoles. A ruego del cardenal de Fox, envió á hablar con don Enrique al adelantado y no aviniéndose don Alvaro, rompió el fuego, que consiguió suspender el citado cardenal.

Acercábanse al día inmediato los reyes, y ordenaba don Alvaro la batalla cuando llega presurosa y se interpone la reina de Aragón hermana del de Castilla. Comiéndanse los tratos, y firme don Alvaro en no retirarse el primero, hácenlo los reyes á sus tierras.

En esto habia el rey juntado gentes y tomado el castillo de Peñafiel, donde se habían alzado el conde de Castro y el infante don Pedro, hermano de don Enrique, y sin noticias del tratado entre don Alvaro y los invasores, pregonó la guerra y les siguió, enviándoles con su faraute y rey de armas un cartel de desafío, que no aceptaron, llegando á Aragón con 100,000 infantes y 12,000 caballos.

Unido don Alvaro, entra á saco con 1,500 de los de su casa por Monreal, y tanto espanto produjo, que se le entregó sin resistencia la fortaleza y regresó al real sembrando el terror en Aragón y facilitando la entrada del ejército, que llegó á Ariza sin obstáculo, donde se detuvo por si al fin se admitía el desafío allí notificado, retrocediendo á propuesta del condestable, por falta de víveres, y pertrechos de sitio, por cansada la gente, abandonado el país, y sin poder en él maniobrar la caballería. Pero era necesario guardar las fronteras, y escusándose todos por lo trabajados que estaban sus vasallos don Alvaro se ofreció á custodiarlas.

No pasó mucho tiempo sin que diese otra prueba de su lealtad y amor al rey. Don Enrique y don Pedro inquietaban por Estremadura, y al incentivo del pillage aumentaban gente. Escusáronse bajo frívolos pretextos, por afecto ó temor realmente, los grandes invitados á batirlos, y agravándose el mal, se brindó el infatigable don Alvaro con su gente, y fué con plenos poderes reales. Allégase á Trujillo, y le abandonan los infantes dejando bien defendido y provisto el castillo. Contaba su gobernador con sus medios, mas no con el talento de su adversario. Envíale este á decir le hablaría en el llano, y contestado que no era seguro el sitio, y designado otro cerca del muro, accedió don Alvaro bajo rehenes que recibió. Embosca por la noche lo mas cerca posible, 30 hombres, y para inspirar seguridad, sale de madrugada en una mula y sin otra compañía que un page, en traje de mozo de espuela. Apéase, se adelanta, llega el gobernador, bésale la mano, hablan, y tanto irritó á don Alvaro la osadía del de el castillo que le arremete y ruedan agarrados. Acuden los emboscados, tiran piedras los de dentro, y queda preso, entregándose la fortaleza. Sigue á Albuquerque, y no saliendo los infantes, envíales un faraute, y otro, hasta que contestan que teniendo menos fuerza se batirían con él y el conde de Benavente, dando así mas presto fin á la guerra. Atendiendo á su superioridad, fueron de parecer todos los capitanes de la gente de don Alvaro que no se admitiese el desafío, y porque representaba al rey, y era irremplazable para el reino; pero él, á disgusto del conde, aceptó, y tampoco tuvo éxito por mas que les estrechó don Alvaro venciendo cuantas dificultades pretestaban. Llega en tanto el rey, y parten los infantes en virtud de un arreglo, después de haberse opuesto é impedido don Alvaro, el socorro que á su demanda les enviara el rey de Portugal.

Otra campaña hizo á pocos meses con el rey contra el de Aragón, que terminó con un tratado de paz, obra suya, porque le dolia aquel eterno luchar de los españoles ondeando todavía en Granada el estandarte agareno.

Casó viudo en 1431 con la hija del conde de Benavente, y mas animoso cada dia, y amante del brillo y esplendor de la corona, indujo al rey contra los infieles, y por tenerles quebrantados cuando pudiese ir, solicitó adelantarse, y lo hizo tambien por que se acercasen mas al trono sus émulos que lo deseaban.

Con cartas reales, y 3,000 caballos y 5,000 peones que pudo reunir, llegó combatiendo hasta Granada, é impotente para tomarla, retó inútilmente al rey enemigo, siguiendo á Loja, Archidona, y otros puntos, siempre peleando y talando. Digna es de honorífica mención su presencia de ánimo al paso del Genil, cuya crecida hizo peligroso el vado mientras le atravesaban los cristianos, siendo necesario todo su valor y auto-ridad, su influjo y ejemplo para que ni desmayasen los de una orilla, á vista ya del enemigo, ni se arredrasen de vadear el río los que quedaban á la otra. Tal alarma causó en el país que los sarracenos dominaban, que huían despavoridos los habitantes inutilizando para evitar su persecucion los bastimentos que no podían llevarse; y su falta frustró el plan de don Alvaro de ir sobre Málaga, é insurreccionó á varios de los que mandaban á los de Vizcaya, á quienes hizo degollar. Que no eran bestias le contestaron cuando les dijo que comiera con ellos yerbas si fuese menester durante ocho dias. A las puertas de la muerte, y uncinado tras tanta y tan continua fatiga de cuerpo y ánimo, regresó, y se unió conveciente al rey que llegaba á Córdoba. Siempre á vanguardia, superó todos los obstáculos hasta sentar el real á la vista de la Alhambra.

Pasados algunos dias de escaramuzas, salen á lidiar los moros en número de doscientos mil infantes y cuatro mil caballos (habian acudido y refugiándose todos los del reino de Granada) y los principales capitanes y obispos propusieron por su inferioridad la retirada. Opóñese don Alvaro, adopta el rey su parecer, dispone la batalla, recorre las filas, las habla, y dá orden á todos que avancen tras él. Un incidente ocurría á la sazón que, sin su prestigio, pudo costar caro á los de Castilla. Batíanse en un ala en vez de batir al enemigo los condes de Niebla y de Ledesma, que se odiaban implacables; corre don Alvaro, y se interpone, aféales con voz de trueno su proceder, indigno de caballeros, traidor á su patria, ofensivo á Dios, y torna en amigos hasta la muerte á los que así comprometían la ya comenzada jornada. Vuela el condestable al frente de los cristianos, todo lo prevee, anima á todos, á todo acude, dá la señal, invoca á Santiago, y vá derecho á la masa mayor y la desbarata decidiéndose la accion. Desbandanse los de la media luna, perseguidos hasta las puertas de Granada por don Alvaro, y su hermano el obispo de Osma. El de Palencia, el conde de Haro, y otros señores conspirando contra la vida del condestable, reservan á los reyes católicos la toma de Granada, obligando á alzarse el real. Presos, son sueltos á ruego del ofendido.

Era esto en 1431, y todavía en el 42 hacia alarde de su rebelion en su castillo de Ita el señor de Buitrago, á quien redujo don Alvaro sin otras armas que su bien espresada razon.

Nueve años de paz permitieron al condestable consagrarse al buen gobierno del reino, dictándose á su propuesta muchas y sabias leyes, que presentó formuladas y que introdujeron grandes mejoras en la administracion de justicia, y en el buen régimen de los pueblos, demostrando á todos que no era inferior el hombre de estado al esforzado caudillo.

Amigo de la magnificencia y del fausto, habituado á él desde su nacimiento, y grande en todo, agasajó y festejó á su señor tan espléndidamente en Tordesillas, como en su casa de Escalona; y no menos bizarro que en sus juveniles años, mantuvo dos justas notables, en Madrid la una, y la otra en Valladolid, asistiendo á esta el rey, y quebrando dos lanzas. Muchas rompió el condestable.

Tres distinguidas mercedes recibió en este periodo don Alvaro. Fué la una pedirle los reyes ser padrinos de su hijo, en cuya celebridad dieron magníficas fiestas; rogarle otra y hacerle ayo del príncipe por fallecimiento del que lo era, y agraciarse por fin, con la villa y castillo de Montalban, propiedad de la reina. También asistieron los reyes á los funerales de su primo.

Ningun otro suceso político acaeció en tanto tiempo mas que el auxilio concedido á Juana de Arco para tomar la Rochela, que sitiaba, y con el cual la gascón, y otras ciudades, cubriéndose de gloria las armas y las naves de Castilla, que apostara diligente el condestable.

Era mucho el tiempo transcurrido en quietud para la febril agitacion del rey de Navarra, y su hermano don Enrique. Concertados con el de Aragon, y varios grandes, invadieron rápidamente á Castilla en 1441, y cercaron al rey en Medina. Vuela don Alvaro con su gente, el arzobispo de Toledo su hermano, y algunos grandes, y entra quedando fuera su tropa. Apodóñase los sitiadores por traicion de la villa, y se arroja con un corto número de leales en medio de los enemigos, esponiendo de continuo su vida, hasta que por tercera vez le pide el rey que se salve, como lo hizo los de su ardimiento; únese á su gente, se le une el príncipe, bate al rey de Navarra en Pampliega, libera al rey, y encierra á don Enrique en Lorca, cuyo cerco alza por entrado el invierno y estropeada su fuerza.

Con infraccion del armisticio de Pampliega, vuelve á entrar el año 43 el de Navarra, secundado por el

duque de Medinaceli, toma los castillos de Torija y Alcalá, y retrocede al salir de Madrid el rey, el príncipe y don Alvaro. Reforzado con don Enrique, que aportó 800 caballos, presenta la batalla en la cuesta de Zulema, no aceptada por tan ventajosa posicion á izquierda del Henares, y se retiró hasta Olmedo, tomando esta villa. Inútil fué el desafío de don Alvaro á don Juan y á don Enrique, por lo que trató de obligarles á batallar con su gente.

Después de algunos dias de escaramuzas, trábase al fin la lid, de fecundos resultados. Muy cerca de Olmedo, y seguidos de pocos don Alvaro y el príncipe, salió una hueste imponente que les hizo retroceder apurados hasta el real, donde fueron sostenidos, siendo á la vez perseguidos por los soldados del rey hasta cerca de los muros. Retirábanse al campamento á la caída de la tarde viendo que no salían, cuando asoma el de Navarra. No es de parecer el de Castilla se empeñe la lucha al declinar del día, pero le decide á ello don Alvaro, y le proporciona con su consejo y su brazo una completa victoria. Lo arregla todo después de mandar hacer alto y dar frente al enemigo, electriza con su enérgica palabra á los guerreros, se pone á su cabeza, arremete, y no arrolla como en Granada á los del opuesto bando: eran unos y otros españoles, y la lucha se sostiene con ardor; cae la bandera de don Alvaro: es herido, y no levemente en un muslo; sigue sin embargo haciendo prodigios de valor, y al fin vence, encerrando á los contrarios en Olmedo, cogiéndoles mas de 300 prisioneros, muchos de ellos señores, quedando en el campo muchos mas por el coraje con que unos y otros combatieron, y por haber sido cuerpo á cuerpo la pelea. También cayeron en poder del vencedor los estandartes de don Enrique, del almirante de Castilla, y del conde de Benavente, y salió herido el primero en una mano con las resultas que veremos después. Mayor habria sido la carnicería sin la noche que á poco sobrevino. Y tal fué el terror que infundió al de Navarra el esfuerzo de don Alvaro, que huyó aquella noche, en que se celebró consejo en la tienda del condestable por su estado, y en que á pesar del rey que opinó por la persecucion del de Navarra, prevaleció el siempre ilustrado y elocuente dictámen del condestable de acabar con el poder de los grandes que habian tomado partido con el invasor, tomándoles parcialmente sus castillos. Cortábase de raíz el mal, ahogando el fecundo y funesto germen de tantos y tan continuos disturbios.

Alzóse el real de madrugada prefiriendo al reposo que necesitaba para su curacion, asistir con su consejo á un plan tan fácil y seguro de pacificacion yendo en él por su deber contra el conde de Benavente su deudo, cuya villa y castillo ocupó sin resistencia por su parentesco, y los de Medina, Villalon, Mayorga, Torrelobaton, y otros varios sin parar, conducido en andas.

Muere en Calatayud de su herida el infante don Enrique, gran maestre de la orden de Santiago, y reconocido el rey á los relevantes méritos del condestable, le hace gefe de la misma con aplauso general, y de los caballeros, envanecidos de ser mandados por tan valeroso capitan, que conquistó esta vez á precio de su sangre el sosiego del reino.

(Se continuará.)

NOTICIAS JUDICIALES.

PARRICIDIO. En una ciudad de Francia llamada Arras, se ha cometido recientemente el crimen mas horroroso que puede concebirse, por un jóven de 20 años, que insensible á las inspiraciones del amor filial, ha sacrificado á su propia madre del modo mas bárbaro é inhumano. Este monstruo llamado Teofilo Godard, estudiante de medicina, era hijo único, y su madre que le amaba con pasion, no tenia otro anhelo que complacerle en todo, y darle una brillante educacion, haciendo al efecto los mayores sacrificios, á los que el desnaturalizado jóven correspondia con la mas negra ingratitud, prodigando á su buena madre todo género de insultos, en pago de los cariños y agasajos que continuamente recibia de ella.

El motivo del horroroso parricidio fué el siguiente: deseoso un dia Godard de obtener cierta cantidad de dinero, entró en casa de su madre, acompañado de un vecino llamado Ronart, y la pidió la suma de 30 francos, á cuya demanda contestó la madre con la mayor amabilidad, que no los tenia. Oida esta contestacion por Godard, se lanzó furioso sobre la infeliz madre, y comenzó á darla fuertes golpes: no pudiendo por de pronto conseguir su infame propósito de asesinarla, por haberle apartado Ronart con gran trabajo. Exasperado Godard por esta dificultad que se habia opuesto á su horrible proyecto, subió precipitadamente á su habitacion, y bajó á poco tiempo con una escopeta en la mano, y habiéndola cargado en presencia de la misma madre la disparó contra ella por las espaldas á boca de jarro, dejándola muerta en el acto.

Al ruido del arma de fuego acudieron los vecinos, presentándose á sus ojos el mas horrible espectáculo que puede concebirse, pues la madre de Godard estaba tendida en el suelo y bañada en su propia sangre, y el hijo inhumano, no satisfecho con haberla sacrificado, la tenia cogida de los cabellos, y arrastrándola por el suelo para echarla fuera de la habitacion en que

la habia asesinado. Horrorizado uno de los vecinos le preguntó que habia hecho, á lo que contestó con la mayor inhumanidad y sangre fria, que no se asombrase que aquello no era otra cosa que una muger de menos.

Al breve rato, salió de su casa el parricida, para burlar el castigo de la justicia, pero habiendo sido cogido por varios vecinos, fué conducido ante el tribunal, el que se constituyó inmediatamente en el lugar de la espantosa catástrofe. Allí, delante del cadáver ensangrentado de su madre, contestó el monstruo con una fria calma que revelaba toda la maldad de su alma, á cuantas preguntas se le hicieron por el prefecto, y, segun las declaraciones recibidas á varios testigos, resultó que este perverso hijo habia ya intentado en otras ocasiones asesinar á su desgraciada madre, lo que no consiguió, sin duda por circunstancias independientes de su voluntad.

El tribunal se ocupó en seguida con la mayor actividad de la instruccion del proceso, y tal vez á estas horas habrá ya impuesto el merecido castigo á este monstruo inhumano y feroz.

ACTIVIDAD EN LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA. En la noche del 29 de diciembre último, fué asesinado en la villa de Ballesteros Manuel Ramirez. En la mañana del dia siguiente se dió noticia de este suceso al juez de primera instancia del partido de Almagro, don Rafael Luis de Fuentes, quien, habiéndose trasladado en el mismo dia al lugar del crimen, instruyó las primeras diligencias, y volvió á Almagro con el presunto reo en la tarde del 31.—En la noche de este dia, pasó la causa al promotor del juzgado, y al siguiente se le recibió al procesado la confesion con cargos, formulándose por aquel funcionario la correspondiente acusacion. En seguida hizo el acusado su defensa, y el 4 del mes corriente ya estaba sentenciado, imponiéndole la pena de 4 años de reclusion, y remitida la causa en consulta á la audiencia respectiva.

Digna es en verdad de elogio esta prodigiosa actividad del juez de primera instancia de Almagro, si como creemos ha cumplido este funcionario en la instruccion del proceso todos los requisitos que exige la ley para la recta administracion de justicia.

(***)

Un periódico de Santander refiere el siguiente asesinato:

«En la mañana del 18 del actual un sargento licenciado, ahora dedicado al oficio de barrilero y próximo á contraer matrimonio con una jóven de 20 años, hija de su antiguo amo, en cuya casa servia, se levantó al amanecer para dedicarse á su trabajo segun costumbre, y sin que se sepa que hubiese motivo racional, quiso maltratar á otro criado de la casa; lo que no pudiendo verificar, se dirigió contra el hijo de su amo, jóven de unos 14 años de edad, que aun se hallaba en la cama, y á quien bárbaramente asesinó con varios golpes de azada. En seguida trató de subir al piso alto donde estaba la demas familia, de lo que apercibido el amo se arrojó este por una ventana en busca de auxilio, volviendo de allí á poco acompañado de un sereno, quien hallando al reo contemplando friamente á su víctima, le intimó que se diese á prision, á lo que el reo lejos de oponer resistencia contestó con serenidad: Yo lo he hecho y yo lo pagaré: me sobra ya la vida. El criminal fué conducido á la cárcel, donde el juzgado instruye la correspondiente sumaria»

La noche del 16 se perpetró en Sevilla en la taberna llamada del Cristo, sita en la Alameda Vieja, un doble asesinato rodeado de las circunstancias mas horrorosas. El dueño del establecimiento y su dependiente fueron muertos de varias puñaladas, y segun se pudo deducir por el estado en que se hallaba la habitacion donde yacian ambos cadáveres, el intento de los asesinos fué incendiar la casa á fin de borrar hasta el último vestigio del crimen. Parece que se estaban practicando las mas activas diligencias para descubrir á los autores del atentado, habiéndose reducido á prision algunos individuos á los pocos momentos de tener conocimiento del hecho la autoridad.

SEMANA CIENTIFICA.

VISTAS Y TIPOS DE ESPAÑA.

ANDALUCIA.

A esta denominacion geográfica se limita varias veces los antiguos reinos de Sevilla y Córdoba, y entonces se divide en *Alta* y *Baja*, segun el curso del Guadalquivir; pero generalmente se estiende tambien á los de Jaén y Granada, y se llama Andalucía todo el delicioso pais meridional de España. Dividido este territorio en una multitud de valles mas ó menos es- puestos á los ardores del sol y á la influencia de los ramales de las montañas que le cruzan en varias direcciones, pobladas unas de fecundos bosques, otras

desnudas de toda vegetacion y otras cubiertas de perpétua nieve, participando tambien de la accion de las aguas del mar en una costa tan dilatada, ofrece un clima en unas partes ardiente, sobre todo hacia las costas; en otras mas ó menos templado, y en otras muy delicioso. Muy rara vez se vé la nieve en sus llanuras, y cuando en los inviernos mas rigurosos cae alguna, se derrite así que toca la tierra, costando sumo trabajo conservarla aun en los montes inferiores, al paso que en otras cimas resiste á los calores mas estremados.

La Andalucía aparece erizada de montañas mas ó menos elevadas, muy fértiles unas y otras muy ricas, ora en pastos, ora en minas de diverso género, y en canteras de mármol y otras piedras. La ciñe por la parte del N., del E. á O. con alguna inclinacion al S. O., en las inmediaciones de la embocadura del Guadiana, la cordillera de Sierra Morena, de la cual bajan hacia el S. todos los rios, riachuelos y arroyos que desembocan



Puerta de Eñ-Arrambla, en Granada.

táneamente en algunas comarcas pedregosas, y los alelíes conocidos con el nombre de *viola-maternal* se encuentran á la vez por donde quiera. Por eso las poblaciones están al tiempo de la florecencia de los árboles embalsamados con el delicioso perfume de los naranjos y limoneros, que unos y otros forman bosques de una prodigiosa estension, y cuando desaparece su verdor por estar cubiertos de blanquísimas flores, llega á ser casi insoportable su fragancia. El terreno aunque seco, es feracísimo, y produce tanto, que apenas hay cosa necesaria á la vida ó al capricho del hombre que no se halle en grande abundancia. Es muy copiosa la cosecha de trigo, cebada, aceite y esquisitos vinos, de que provee á una gran parte de Europa y de América, y variada hasta el infinito la clase de uvas. Son muy especiales las frutas de sus deliciosas vegas, muchas de las cuales están cubiertas de árboles, así como las huertas y jardines de naranjos, limoneros, higueras, granados y otros



Sevillanos.

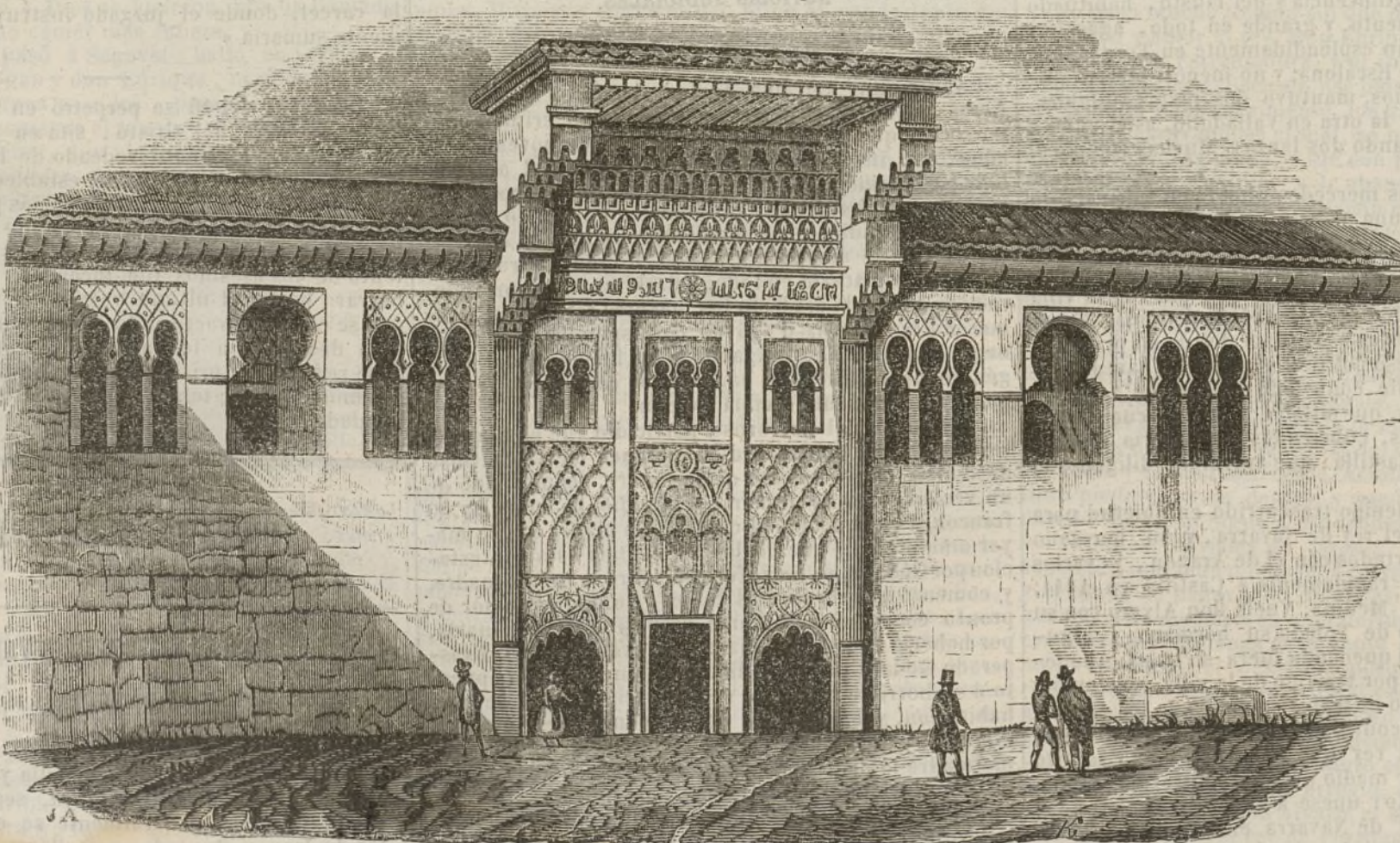
que se desprenden de la sierra de Alcaráz hacia Puerta Segura, forman el gran valle ó la cuenca del Guadalquivir, que recibe por su orilla meridional todas las aguas que bajan al N. de la segunda cordillera, menos el Guadalete y algunos otros menores que de la sierra de Ronda llevan sus aguas, ya hacia el golfo de Cádiz, ya hacia el estrecho; y todos los riachuelos que teniendo su origen en la misma cordillera, hacia el S., desembocan en el Mediterráneo entre Gibraltar y el castillo de los Terreros, en el límite de la actual provincia de Almería y la de Murcia. Los principales de estos últimos son el Guadiaro, el Guadajoz, el Grande, el de Adra, el de Almería y el Almanzora; y de los que desaguan en el Guadalquivir, son el Genil, el Guadix, el Guadalimar y el Corbones. El Guadiana puede tambien considerarse como perteneciente á Andalucía, pues la separa de Portugal por O. hasta que se le une el rio Chanza, que continúa dividiéndola hasta cerca de su origen y el límite de Estremadura.

Al penetrar en Andalucía desde las Castillas se atraviesa un país cuyos productos naturales empiezan ya á indicar el influjo de un clima mucho mas que templado, pero que no se diferencia demasiado de los extremos de aquellas. Mas apenas se llega á la cima de los montes Marianos ó Sierra Morena, parece que ya se encuentra una naturaleza distinta: la misma colina que en su pendiente septentrional se vé cubierta de jaras, tomillos, antirrinos y escilas, que indican un paralelo inferior á los 13°, esa misma está poblada en su falda meridional de lentiscos, coscojas, anajiris y otros arbustos de los países ardientes, á cuyo pie crecen las plantas umbelíferas, malvaceas y labiadas africanas. En las inmediaciones de Sevilla crecen al aire libre los plátanos, los eritales, el árbol del coral, y cuando se va uno acercando á las costas marítimas, ya casi ha desaparecido la vegetacion europea para dar lugar á las plantas exóticas ó que se consideran como tales en la Flora atlántica. Los palmitos ó palmeras enanas, son, digámoslo así, el vegetal indígena de esta parte de Andalu-



Malagueños.

en el Guadalquivir por su orilla septentrional, menos el Tinto y otros menores, que desaguan en el Océano, en las inmediaciones de Palos, Moguer y Huelva. Casi la misma direccion sigue la cordillera, que arrancando del confluente del Guadalmena con el Guadalimar y en la direccion S. E., hasta Orce, del partido judicial de Huescar, provincia de Granada, se endereza luego al O. á buscar la sierra de Alhama, y llega á Ronda donde se inclina hacia el S., é internándose un poco en la provincia de Cádiz va á terminar á Gibraltar. Del nacimiento del rio Guadix en el partido de este nombre, sale un ramal de la misma sierra, en direccion de E. á O., que termina hacia Montilla y Lucena, y reunidas estas dos cordilleras en la confluencia y el curso de aquellos dos rios, por medio de algunos ramales



Vista del alcázar de Sevilla.

éa, y así es que cubre todo el terreno que no le disputa el labrador. El alcaparro, el olivo silvestre, llamado acebuche, y los astragalos leñosos crecen espon-

lanar. Hay tambien numerosas yeguas en que se criaban hermosos, veloces y briosos caballos, de donde han salido los mejores de España. La mayor parte de

árboles frutales. Las verduras, hortalizas y legumbres son muy apreciadas, aunque escasas por falta de riego. En la costa del Mediterráneo, desde Gibraltar á Málaga, se cultiva el algodón y la caña de azúcar, y se hace gran cosecha de sedas, agrios, cidras, higos, almendras y pasas. Aunque la mayor parte del terreno es suave, llano y muy espacioso, faltan, como hemos dicho, montes de árboles con pastos excelentes, que mantienen mucho ganado vacuno, cabrio y de cerda, y dan abrigó á la caza, especialmente de perdices y conejos; y en las dehesas de monte bajo y deliciosas riberas se cria considerable número de ganado lanar. Hay tambien numerosas yeguas en que se criaban hermosos, veloces y briosos caballos, de donde han salido los mejores de España. La mayor parte de

los ríos abundan en buenos pescados, pero ninguno tan sabroso como los sábidos, albuces y róbalos: también se cogen infinitos y variados en toda la costa, y la marisma está poblada de aves extraordinarias, muchas de ellas no conocidas ni aun por sus nombres. En cuanto al reino mineral, la Andalucía, tan rica bajo la dominación de los cartagineses y los romanos en minas de oro y plata y otros metales y piedras, es también en el día notable por el desarrollo que en ella ha experimentado la riqueza minera.

Los andaluces son festivos, de imaginación ardiente y reminiscencias arabescas en la pronunciación de sus guturales. En Andalucía es donde residen mas familias gitanas, sin duda por lo que favorece el clima á sus grangerías y tratos y por la consonancia de su genio avieso y decididor con el habla graciosa de los naturales.

La Andalucía tiene dos capitánías generales, una en Granada y otra en



La p.ña de Martos.

árabes, como aparece en la geografía del Nubiense, escritor del siglo XII; pero fué aplicándolo á toda España, por lo que se dijo á Toledo centro de la Andalucía, y su parte boreal á la Galicia. En la misma geografía se espresa que la tierra de Andalucía es la misma que se llamó España. La voz árabe *Andalos*, segun don Miguel Cassiri, espresa cosa del Occidente ó del fin de la luz, y es el sinónimo de *Hesperia*, aplicado á España, y de *Tartaride*, si se atribuye á la antigua Bética. El haber quedado en esta region, habiéndose estendido antes á toda España, puede provenir de la mayor duracion que tuvo en ella el dominio de los árabes. De aqui resulta quizá que el nombre *Andalucía* no se aplica precisamente á lo que antes se decia *Bética*, estendiéndose mas por el E. en las provincias de Jaen y de Granada, y menos por el Septentrion, dejando al nombre *Estremadura* la parte de la provincia de Badajoz, meridional del Guadiana, que era de aquella antigua provincia.

Los suevos, ausentados los vándalos de la Bética, continuaron las guerras en ella. Anderoto fué vencido por Rechila, junto al río Singilis (Genil), el año 438. A los tres años siguientes se apoderó el mismo rey de toda la Bética. Vito, general de los romanos, hizo, segun Idasio, mucho daño en esta region, auxiliado de los godos. Los suevos, despues de haber vencido á este ejército, tampoco fueron mas humanos. En el año 438 llegó á esta provincia el ejército que envió el rey godo Teodorico á España, capitaneado por Cirila. Este caudillo regresó á las Galias al año siguiente, habiendo llegado á la Bética el capitán godo Sumérico con mas tropas. Los godos pasaron el estrecho, aunque no les salió bien la expedición, como refiere San Isidoro hablando del rey Teudis. El sucesor de este rey, Teudiselo, residió en la Bética y fué muerto en Sevilla por la incontinencia con que miraba á las mugeres de los mas poderosos caballeros. Agila, que reinó despues de Teudiselo, movió guerra contra los cordobeses por motivos de religion; pero estos triunfaron de él, que hubo de huir á Mérida. El capitán Atanagildo, valiéndose de esta ocasion, se rebeló contra

ron al rey Agila en Mérida y se sujetaron al dominio del usurpador. Por muerte de este rey siguió Liuvia, que dió á su hermano Leovigildo el reino de la España citerior, y quedando luego Leovigildo solo, se estendió mas que otros por la Bética, venciendo no solo á los soldados romanos del emperador de Oriente que Atanagildo habia convocado en su guerra contra Agila, sino á varias ciudades españolas, que como buenos católicos no se le querian sujetar. Dió luego Leovigildo parte en el reino á su hijo San Hermenegildo, dejándole por corte Sevilla. Mucho padeció este país en tiempo de los godos, pero las grandes vicisitudes le estaban reservadas para cuando su monarquía hubiese de sucumbir bajo el alfange agareno. Las guerras civiles conmovieron esta potencia. Dos veces los normandos vinieron á destruir sus costas. Las incursiones de los cristianos legaron hasta su centro. Fenecida la dinastía de los Aben-Humeyas, negando los gobernadores de las plazas, nombra-



Granadinos



Cordobeses.



Vista de Córdoba.

Sevilla: tiene dos audiencias, una en Granada y otra en Sevilla. Sus provincias son ocho: Almería, Granada, Jaen, Málaga, Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla. Tiene tambien noventa y seis partidos judiciales, ochocientos ochenta ayuntamientos, quinientos sesenta y tres mil quinientos noventa y siete vecinos, y dos millones trescientas cinco mil novecientas cincuenta y cuatro almas.

Pretende Vivar, refiriéndose á las adiciones de San Braulio, que el nombre *Andalucía* provenga del nombre *Ampelusia*, del promontorio de Africa, lo cual no es muy probable. El origen de esta palabra proviene indudablemente de los árabes, porque ni el Pacense, que escribió en el siglo VIII ni otro autor español anterior á don Rodrigo usan del nombre *Andalucía*. Antes le adoptaron los

Agila, usurpando para sí la corona, y el ejército que el rey envió contra él fué vencido. Entonces, conociendo los godos el perjuicio de estas guerras civiles, mata-

mente cristiana, en las persecuciones. La irrupción de los vándalos, suevos y godos, si bien perturbó en ella el gobierno civil de los romanos, no con-

dos por estos, la obediencia á los Almoravides, se disolvió el califato de Córdoba, formándose de él muchos reinos independientes. Los mas considerables de este territorio y en los que vinieron á refundirse los otros, fueron Sevilla, Córdoba, Jaen y Granada.

Respecto á la historia eclesiástica de Andalucía, diremos que la misma excelencia de la Bética, del modo que atrajo sobre sí los infortunios, siendo codiciada de todas las naciones, y el culto supersticioso de todos los pueblos; tambien hubo de atraerse pronto la luz evangélica. Ilustrada con esta luz desde los primeros tiempos de la iglesia, mucho hubo de sufrir esta region emi-

movió menos el orden de lo eclesiástico. Cuando Rechila vencido por Anderoto, se apoderó de toda la Bética, vióse afligir de mil maneras su espíritu religioso. Agila intentó profanar las reliquias y sepulcro del mártir San Acisclo, guardadas por los cordobeses. Leovigildo, instigado por su muger Gosvinda, que antes lo había sido de Atanagildo, persiguió duramente á los católicos. Gran realce dan estos acontecimientos al mérito de los prelados eclesiásticos de la Bética, pues lejos de abatirse con tantas adversidades, se hicieron siempre superiores, manteniendo en su pureza el culto de la verdadera religion, y llegando á reducir á ella á los godos.

SEMANA LITERARIA.

DOS DUELOS A DIEZ Y OCHO AÑOS DE DISTANCIA. (1)

LEYENDA, POR D. J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.

El gigante de San Marcos acababa de herir once veces con su maza de bronce la descomunal campana colocada en la torre que está contigua á *Le Procuratie-Vecchie*; era una noche clara y serena del mes de febrero de 18.... Un gentío inmenso llenaba la vasta plaza de San Marcos, la Piazzetta, y el espacioso muelle que dá al puerto de Venecia; pero aquella multitud tan alegre como ruidosa, no hacía larga mansion en aquellos encantados sitios, dirigiéndose en grupos mas ó menos numerosos hacia los diferentes puntos de la ciudad. Era aquello un verdadero *Pandemonium*. Veíanse elegantísimos trajes de todos los siglos de la edad media, riquísimos dominós y disfraces de pura fantasía, tan espléndidos como caprichosos, confundidos con los groseros *polichinelas* y *arlequines*, y no pocos gondoleros venecianos, que solo habían añadido á su traje habitual una careta negra, divisa sacramental de aquella estrepitosa época del año. Era de ver la familiaridad que reinaba en aquella fusion momentánea de la aristocracia con el pueblo, de la opulencia con la miseria. Allí había una igualdad absoluta: todos se codeaban y se tuteaban todos; que después del infortunio y del dolor, nada nivela tanto á los hombres como el placer. Todo era confusion, gritos y tumulto en la que un tiempo fué reina del Adriático. Venecia celebraba su festividad favorita, el carnaval. La decaída reina de los mares olvidaba por algunos instantes sus inauditos infortunios. En vez de los emblemas de su doble imperio, la espada y el caduceo, empuñaba entonces el cencerro de Momo; y sustituyendo al régio manto de que ya no es digna, el abigarrado traje de arlequin ó polichinela, lanzábase frenética en busca del olvido de sus dolores. La reina del Adriático, convertida en impúdica bacante, se olvidaba un momento de su oprobiosa esclavitud para celebrar su carnaval....

Entretanto, al través de la estruendosa muchedumbre deslizábase solo y silencioso un hombre, envuelto en un ancho dominó de raso negro. Aquel hombre había salido de uno de los cafés situados debajo de los arcos de *Le Procuratie-Vecchie*, y atravesaba la plaza, dirigiéndose á la Piazzetta. Al llegar allí se encaminó á la columna del león de San Marcos en cuyo pedestal estaba sentado un gondolero enmascarado, al rededor del cual se había reunido un numeroso auditorio. El gondolero cantaba con la música de una de las barcarolas mas populares, la parodia en dialecto veneciano, de algunos pasajes de la *Jerusalén* del Tasso (2). El incógnito escuchó durante algunos segundos; pero luego, como si no pudiera resistir por mas tiempo, se acercó al cantor y le dijo al oído en lengua toscana:

—¿Eres tú, Angiolo?

—Sí.... y vos sois monseñor....

—¡Chit! contestó el otro, llevando el índice de su mano derecha á la boca. ¿Está lista la góndola?

—Para cuando gustéis, monseñor....

—Entonces haz de modo que tus oyentes se marchen. Temo que alguien nos espie entre ellos.

—No hay cuidado *eccellenza*. Son todos legítimos gondoleros.

—No importa. Haz lo que te he dicho.

Levantóse entonces el gondolero, y entonando con toda la fuerza de sus pulmones una barcarola muy conocida, se fué á confundir en uno de los grupos mas numerosos de la Piazzetta. Siguió en totalidad su auditorio, al parecer decidido á no separarse del bardo en toda la noche. Durante algunos minutos, estuvo el del dominó esperando con la mayor impaciencia, y cuando no pudiendo contenerse por mas tiempo, se iba á lanzar en pos del gondolero, le vió venir recatándose á la sombra de las columnas.

—¡Y bien! le dijo, ¿dónde está nuestra góndola?

(1) Esta novela se empezó á escribir en 1846.

(2) Para dar una idea á los lectores de aquella parodia, bastará citar los cuatro primeros versos de la primera octava.
L' armes pietose di cantar gho vogia
E de Goffredo l' immortal braura
Che al fin l' ha liberá con strafsia e dogia
Del nostro buon Gesú la sepoltura: etc., etc

—*Eccola monsignore*, contestó el otro, saltando ligeramente á una de las infinitas embarcaciones de aquella especie que estaban atracadas al muelle de la Piazzetta.

Siguió el desconocido, y no bien se hubo instalado en la tienda, le preguntó su interlocutor:

—¿A dónde?

—Al palacio Contarini.

—¿Cómo siempre?

—No, por la puerta principal.

Y la góndola desatracada con un rigoroso golpe de remo, comenzó á deslizarse rápida y silenciosa, sobre las azuladas aguas del Gran Canal.

Si el lector no ha estado en Venecia, no le pesará saber que el Gran Canal, *Canalazzo*; como los venecianos lo llaman, es la calle principal, la arteria por decirlo así, adonde van á parar mas ó menos directamente todos los demas canales de la ciudad, y el cual la divide en dos partes desiguales: la mas grande, que es el lugar donde empieza nuestra historia, la llaman los venecianos *di qua dell' acqua*; de la parte acá del agua; la menor es llamada *di la dell' acqua*, ó sea de la parte allá del agua. El canal tiene unas 2600 varas de largo, y su anchura media subirá hasta cuarenta.

Surcábale en aquella sazón un gran número de góndolas iluminadas y llenas de personas de ambos sexos, de todas las clases de la sociedad, y de todas las edades de la vida. La mayor parte de aquellas embarcaciones bajaba el canal hacia el magnífico puente de *Rialto*; pero pocas de aquellas en que iban gentes del pueblo, llegaban hasta él, y ninguna pasaba de aquel punto, pues iban diseminándose en los varios canales de derecha é izquierda. Al contrario sucedía con las aristocráticas, que casi todas pasaban del famoso puente, y todas las que lo pasaban se detenían delante de uno de los palacios mas espléndidos que adornan el Gran Canal, *Il palazzo Contarini*. Delante del magestuoso vestibulo de la residencia patricia se detuvo la góndola de nuestro desconocido, y fué deslizándose como una sombra negra al través de las demas embarcaciones de aquella especie, todas iluminadas, que se arremolinaban en diversas direcciones enfrente de la magnífica columnata de mármol por donde se penetra al regío edificio.

No bien hubo tocado la góndola á la primera grada, cuando nuestro incógnito saltó de ella con ligereza, y se perdió entre la multitud: pero no sin haber dicho antes algunas palabras al oído de Angiolo, el cual contestó con un gesto de inteligencia y fué á perderse á su vez entre las demas góndolas, que libres ya de sus pasajeros, se alejaban. Pero en vez de seguir la direccion de los que subían ó bajaban el Gran Canal, se dirigió hacia el frente y se perdió en los oscuros pórticos de otro palacio.

Entretanto nuestro desconocido, cubierto escrupulosamente con su dominó subía la mármorea escalera del palacio y penetraba en los primeros salones, atestados de concurrentes de ambos sexos, que, ó bien dejaban algun abrigo pesado que les incomodaba, ó bien hacían una pequeña revista á sus caprichosos disfraces antes de entrar en los salones del baile. Nadie reparó en el nuevo convidado, el cual pudo deslizarse por entre toda aquella multitud, sin ser objeto ni aun de la mas ligera pregunta. Sin embargo, al llegar á la pieza contigua al salón principal, un dominó que al parecer dormía en el extremo de una otomana, se levantó, y yendo á su encuentro hizo resonar de un modo particular las espuelas que calzaba; á lo cual contestó el otro con el mismo movimiento, y cambiando rápidamente algunas palabras, siguió el primero su camino, y el segundo volvió á reclinarse muellemente en el sofá oriental.

Seguia entretanto el primero atravesando silencioso como una sombra por entre la inmensa multitud que llenaba el salón principal. El dueño de la casa, el señor *Francisco Contarini*, no había omitido cuidado ni gasto alguno, para dar aquella noche á sus ilustres convidados un baile que recordase dignamente los que en edades mas apartadas dieran en aquellos mismos salones sus orgullosos ascendientes. Y en verdad que para cualquiera cabeza entusiasta la ilusion era casi completa: una gran parte de los concurrentes de ambos sexos estaba vestida con los vistosos y riquísimos trajes de los venecianos en los bellos tiempos de la república; y como casi en totalidad conservaban la careta negra, veíase uno tentado á encontrar en varios de ellos los originales de los retratos de aquellos turbulentos y poderosos barones de otros tiempos, colocados alrededor del salón, y cuyos morenos rostros, espresiva fisonomía y severas miradas parecían presidir al alegre sarao. Pero en lo mejor del plácido ensueño, el uniforme blanco de un oficial austriaco, que se abría paso con cierto aire de insolente superioridad al través de los compactos grupos, venía á despertar bruscamente al sencillo sonador; y un suspiro involuntario sobre el pasado poderío, una ardiente lágrima sobre la presente humillacion, y un fervido voto en el fondo del alma por el incierto porvenir, venían á terminar aquella corta escena con el mismo silencio con que empezara. El dueño de la casa, descendiente de tan ilustres abuelos, vestía aquella noche el traje del esclarecido baron tronco de su familia, el cual, al lado del célebre anciano Enrique Dándolo subió de los primeros al asalto de Constantinopla en 1204. También él, como Venecia, trataba de olvidar su abyeccion y su miseria. ¡El, cuyos antepasados eran iguales á los reyes, era ahora... un empleado austriaco... un miembro de la policía!

Algunas veces el noble viejo lloraba de indignacion al considerar su estado; casi siempre se le veía triste, meditabundo; pero aquella noche.... aquella noche era lunes de carnaval, y él era veneciano, y estaba alegre, y reía, y era, es decir, creía ser feliz!

Peró volvamos á nuestro incógnito. Este había dado vuelta al salón como buscando alguna persona, y ya volvía hacia la puerta de entrada con traza asaz mohina al parecer, cuando se detuvo de pronto al ver entrar un grupo de oficiales austriacos. Sin duda estaba entre los recién llegados el individuo que buscaba nuestro enmascarado, pues volviendo á penetrar en el salón de baile, seguía pertinazmente el grupo austriaco. Fuéronse separando poco á poco unos de otros los oficiales hasta quedar reducido á dos el numeroso grupo anterior; y entonces el desconocido, acercándose al mas alto de ellos, que representaba tener unos treinta años, le dijo en voz baja:

—Capitan Gruner, si sois tan valiente como dice la fama, no rehusareis venir adonde os espera.... aquí bajo tanto la voz, que no pudo percibirse aquel nombre.

El capitan examinó con escrupulosa atencion al que así le interpelaba, y acercándose mas á él le dijo con los dientes apretados de rabia:

—El que me espera abajo es el mismo que me está hablando. ¡Qué audacia!

—¿Venís ó no venís? dijo el otro.

—Esperad un momento. Supongo que tendreis testigos....

—Tengo uno....

—¡Basta! Voy á suplicar al mayor Schiller que me acompañe.

—Esperadme en el vestíbulo, contestó el de la máscara, y se perdió en el grupo mas inmediato.

Aquella rápida escena no pasó, sin embargo, sin ser notada para todos los concurrentes. En un ángulo del salón, una jóven hermosa como la felicidad, pálida como el primer rayo de la naciente luna, había seguido constantemente y con ansiosa mirada los movimientos del dominó de que vamos hablando, desde su entrada en aquella pieza. Viólo acercarse al capitan Gruner, y durante los brevisimos instantes que duró la conversacion de aquellos dos hombres, la palidez que cubria antes su semblante llegó á ser espantosa. El de la máscara, después de algunos rodeos, se dirigió hacia el lugar en donde estaba la jóven, y se detuvo enfrente de ella.

—Dejad caer vuestro pañuelo, la dijo en voz baja.

Obedeció ella, y alzándolo prestamente el desconocido, se lo devolvió, añadiendo:

—Haced lo que se os dice en esa carta. Adios! Y volviéndose bruscamente se dirigió á pasos agigantados hacia la puerta por donde antes entrara.

CAPITULO II.

Conveniente parece que antes de seguir narrando los acontecimientos de aquella noche demos noticia al lector de algunos de los personajes que tuvieron parte en ellos y á quienes no conoce todavía. El desconocido del dominó que hemos seguido desde la Piazzetta, tanto como el misterioso amigo que según hemos visto le esperaba en el palacio Contarini, eran ambos extranjeros y estaban ambos desterrados de sus respectivas patrias. El primero, don Manuel de Aguilar, distinguido caballero cordobés, proscrito en su país por sus opiniones liberales, se había refugiado al principio en Inglaterra. Allí vivió estrechamente unido con muchos ilustres españoles que por aquellos tiempos comían el amargo pan de la emigracion, y tomó activa parte en todas aquellas conspiraciones generosas y en aquellas osadas tentativas, tan infructuosas por otra parte y que debían añadir algun tiempo después una sangrienta página al catálogo de las traiciones que ha registrado la historia en sus anales: página que escende en horror y cobardía á la mayor parte de las felonías que en este instante recordamos habíamos del asesinato de Torrijos y sus cincuenta compañeros. Pero por aquel entonces, Aguilar ya había dejado á Inglaterra. Después de las tres famosas jornadas de julio, que derrocaron el trono de Carlos X, se refugiaron en Londres todos ó la mayor parte de los que habían querido ser fieles al infortunio de aquel monarca: de este número fué el coronel d'Estrees, grande amigo de nuestro Aguilar desde los primeros años de su vida. Habíanse ambos educado en uno de los mas famosos colegios de Paris, y la amistad natural entre los que se educan y crecen juntos se había robustecido en ellos por la conformidad de opiniones, de sentimientos y aun de edades, pues habían nacido en el mismo año.

Separados después al concluir sus estudios, no habían cesado de escribirse, aunque su correspondencia sufría de vez en cuando alguna interrupcion mas ó menos larga por las vicisitudes de sus vidas. Ya hacia cerca de dos años que no sabía el uno del otro, cuando la suerte los reunió en Londres. Ambos perseguidos en su país por sus opiniones políticas, veíanse condenados á pasar los mejores años de su vida en extraño suelo, y tal vez á envejecer y morir en el destierro; con la sola diferencia de que el uno sufría tan fatal destino por ser fiel á un rey desgraciado, y el otro, al contrario, por no ceder á los tiránicos mandatos de un déspota orgulloso. Pero semejante disparidad, hija mas bien de las distintas circunstancias en que se habían encontrado, que de divergencia alguna en los

sentimientos de sus corazones, no establecía ninguna distancia entre los dos amigos. Volvieron, pues, á ver con aquel júbilo, que solo pueden comprender los que hayan tenido un amigo verdadero; que los afectos del alma cuando suben á ser tan generosos, no hay pluma que tenga elocuencia bastante para pintarlos dignamente.

Mal hallados el español y el francés, almas francas y sencillas, con la oscuridad del cielo de Albion y la circunspecta hospitalidad de sus hijos, resolvieron pasar á Italia, país que ambos deseaban conocer hacia mucho tiempo, y después de admirar á la voluptuosa Parthenope recostada en sus cogines de verdura bajo un dosel de fuego; á la imperial ciudad de los Césares, con sus soberbios monumentos y sus eternas ruinas; á Florencia, la artística, á la culta Bolonia, á la poética Ferrara, y á Milan la bella, vinieron por fin á parar á la que fué en otros tiempos reina del Adriático, y ahora yace encadenada á la vetusta dominación de los emperadores austriacos. Tanto Aguilar como d'Estrées, llevaban excelentes recomendaciones; así que tardaron muy poco en estar relacionados con toda la mas escogida de la sociedad veneciana. Entre las personas que les dispensaron mas cordial acogida, estaba el señor Contarini, y por consiguiente su casa era una de las mas frecuentadas por los dos amigos; pero aquella amistad comenzada bajo tan buenos auspicios, no debía ser de larga duración.

Tenia el patricio una hija única, llamada María, hermosa flor para padecer y llorar nacida; que los que vienen al mundo con instintos nobles y corazones amantes, consigo traen la desdicha, y sube de punto el mal cuando en vez de la varonil fortaleza del hombre, solo pueden oponerse á los embates de la contraria fortuna, los afectos mas blandos y tímidos que la naturaleza dió á los pechos femeniles. El trato engendra el cariño, dice un proverbio vulgar, verdadero como casi todos los proverbios; y su aplicación es aun mucho mas segura, cuando nos sentimos arrastrados hacia las personas que la suerte pone en nuestro camino, por ese oculto y misterioso, pero no por esto menos irresistible poder de la simpatía.

En este caso se hallaron el caballero Aguilar y la joven veneciana. Así que, muy pocos dias después de su conocimiento, se amaban con el mayor estremo. Felices, muy felices, si el viejo Contarini hubiese heredado con el ilustre apellido de sus abuelos, aquellos sentimientos elevados que eran por lo comun el patrimonio de los nobles en las románticas edades de la caballería: pero el buen viejo solo tenia un instinto de los antiguos venecianos; el de la especulación.—Miró por consiguiente de mal ojo aquellos amores desde su principio; pues para él, un desterrado era un pájaro de demasiado mal agüero, y además hacia ya algun tiempo que fermentaban en su cabeza ciertos planes de enlace, á los cuales no podia menos de perjudicar el afecto que el español profesaba á su hija.

Entre los oficiales de la guarnición que frecuentaban su casa, habia un joven capitán del regimiento de cazadores húngaros, que demostraba señalada predilección á la joven señorita, y el viejo calculador, ni aun se habia tomado el trabajo de pesar en la balanza de su razon el mérito respectivo de entrambos contendientes. Una sola comparacion habia hecho, y su resultado fué en alto grado desfavorable para el español. Efectivamente, entre el capitán Gruner, joven de elevada clase, y con numerosos y firmísimos apoyos en la corte del emperador, y el caballero Aguilar, proscrito en su país, y sin esperanza aparente de volver á él en mucho tiempo, la preferencia no era dudosa. Resultado, se armó de él como pudiera de un ariete, y fueron tantas las muestras de frialdad casi hostil que dió á los dos emigrados, que al fin tuvieron que cesar absolutamente en sus visitas á aquella casa.—Los amantes no dejaron sin embargo de verse, á despecho de la severa vigilancia del señor Contarini.

Todas las noches, al sonar en el reloj de San Marcos la última campanada de las doce, se destacaba una gondola silenciosa del muelle de la Piazzetta. Un hombre embozado en la tienda, y el gondolero, eran los únicos seres que invariablemente la tripulaban. La gondola se deslizaba á lo largo del Gran Canal, pasaba el puente de Rialto, y tomaba por un canalillo que cruzaba á la derecha, costando el palacio Contarini. A la estremidad de aquel edificio, hay una estrecha calzada, á la cual dan unas rejas bajas del mismo; allí desembarcaba el embozado, y luego que el discreto gondolero se habia alejado unos veinte pasos de aquel lugar, tocaba suavemente el de la capa un silbato; al ruido de la señal salía á la reja una joven, en cuyo rostro, si por casualidad le hubiese herido en aquella sazón un rayo de luna, habria podido ver cualquier á quien su buena suerte tan encantadora vida le deparase, resplandecer toda la hermosura y gracia de ese tipo singular, que tanto nos admira en los mortales cuadros del Ticiano.

El lector conoce ya, al menos de vista, á los tres misteriosos personajes del cuadro anterior; el embozado era Aguilar; la joven de la reja, María; el gondolero, nuestro amigo el señor Angiolo.

CAPITULO III.

Pocos instantes después de pasar la escena final de nuestro primer capítulo, apareció el desconocido en el salon en donde antes habia tenido lugar aquella muda

pantomima de las espuelas. El dormido de la otomana seguía en la misma postura que tenia al entrar su misterioso amigo; pero no bien descubrió á este, cuando se puso en pié con la mayor presteza, y después de cambiar al oído algunas palabras, salieron de la pieza asidos del brazo. Así travesaron las demas salas, bajaron la escalera y cruzaron el vestibulo, á cuya estremidad se paseaban igualmente enlazados de los brazos el capitán Gruner y su testigo. El primer dominó sacó entonces un pequeño silbato, y lo hizo resonar levemente por dos veces, á cuya señal se destacó de la sombra en la opuesta ribera una gondola solitaria, y se acercó rápidamente al silencioso grupo que formaban los cuatro hombres que ya conocemos. En cuanto atracó á la orilla, saltó el primero el que habia llamado, y los demas lo siguieron con el mismo silencio. Ya enbarcados los cuatro, el primer dominó dijo al gondolero:

—Al Lido.

Y aquel dando direccion á su barca, comenzaron á deslizarse sordamente al través de las amarillentas aguas de la laguna.

Apenas tocó la silenciosa gondola la ribera del Lido, cuando los cuatro hombres que la montaban saltaron á tierra uno tras otro, sin que el silencio sepulcral que habia reinado durante el viaje fuera interrumpido por los tres que primero desembarcaron; pero al ponerse en pié el cuarto para seguir á sus compañeros, dijo al gondolero con vibrante y tranquila voz:

—Aguárdate.

Y saltando ligeramente á tierra fué á incorporarse con los otros tres, cuyas figuras se destacaban en el horizonte casi oscuro, semejantes á otras tantas estatuas de bronce: tal era su inmovilidad. Ya juntos los cuatro, se adelantaron hacia el interior de aquella encantada ribera, sin que ninguno de ellos se atreviese á romper el fúnebre silencio que guardaran desde su embarque en el vestibulo del palacio Contarini.

Luego que anduvieron unos quinientos pasos, el último que saltó á tierra se detuvo, diciendo al mismo tiempo en purísimo francés.

—Creo que estamos bastante lejos de la orilla para temer que nadie venga á interrumpirnos. Por consiguiente juzgo inútil prolongar este paseo. ¿Qué opinión vds?

—Yo, contestó uno de los austriacos en la misma lengua, creo que lleva vd. razon; tanto mas, cuanto que he dejado dos walses comprometidos allá abajo y no quisiera incurrir en la nota de impolítico.

—Si hay justicia en el cielo, replicó el primero que habia hablado con voz solemne, dentro de pocos minutos el capitán Gruner habrá dejado de existir.

Y sacando un puñal de entre los pliegues de su dominó y tirando aquel incómodo trage al suelo dió un paso hacia el capitán. Retrocedió este por un movimiento involuntario diciendo con voz alterada:

—¿Pensaríais asesinar-me?

—No, capitán. Bien sabeis que en mi país no se asesina, contestó el otro con voz tranquila.

—Pero, caballero, ¿qué pretendéis con ese puñal? ¿Pensáis proponerme un duelo de bandidos?

—Pienso que con la espada nuestro duelo podria muy bien ser mortal. Esta arma es mas segura, y bien lo sabeis, capitán, nuestro duelo es á muerte. Yo no sé lo que el cielo dispondrá acerca de nuestras vidas, pero estoy seguro que de los cuatro que trajo la gondola al Lido, solo tres volverán á Venecia.

—Pero caballero Aguilar, dijo uno de los dos que hasta entonces no habian hablado, yo no puedo permitir un duelo semejante entre dos hombres, uno de los cuales es mi compañero y amigo, y el otro un sujeto á quien profeso cordial estimacion. No, no lo permitiré, no debo permitirlo. Mataos, si gustais, pero hacedlo como se acostumbra entre militares y hombres de honor. Si no traéis espada, caballero, hé aqui la mia. Es del mismo temple y tiene las mismas dimensiones que la del capitán. ¡Ea! ¡tomad, y decidid Dios!

—Mayor Schiller, conozco vuestra inmaculada reputacion; todo el mundo os cita como á un tipo perfecto de lealtad é hidalguía. Pues bien; yo que me creo con iguales derechos á vuestro aprecio que los que vos tenéis al mio, os suplico que no os opongais á este duelo que propongo.

—Pero mi querido amigo, dijo d'Estrées; batios con espadas. Ese duelo con puñales me horroriza.

—¡Tú tambien, Carlos! exclamó Aguilar; y acercándose al capitán le dijo al oído:

—¿Teneis miedo de morir? ¡Cobarde!

Lanzó el capitán un rugido de furor al oírse apostrofar de aquel modo, y agarrando fuertemente el brazo de Aguilar, gritó:

—¡El puñal! ¡venga el puñal, y acabemos de una vez!

Entonces el español se acercó á Schiller y sacando otro puñal exactamente semejante al primero, se los dió ambos, diciéndole:

—Examinadlos, y dad á vuestro amigo el que os parezca de mejor temple.

Y desabrochándose el frac, se lo quitó y lo dió á d'Estrées, el cual, horrorizado con el próximo combate lo tomó maquinalmente. El capitán por su parte, desabotonó lentamente su uniforme, y doblándolo en dos con escrupuloso cuidado lo entregó al mayor. Este lo colocó en su brazo izquierdo, y alargando á d'Estrées con el derecho los puñales

—Tomad, coronel, le dijo: son perfectamente iguales. Elegid el que queráis para vuestro amigo.

Tomó d'Estrées el primero que encontró su crispada mano y lo alargó silenciosamente á Aguilar. Schiller

imitó aquel movimiento, dando á su ahijado el que le quedaba; y dirigiéndose al caballero español, le dijo con voz profundamente conmovida:

—Caballero, aun es tiempo acaso de evitar una desgracia, cuya sola idea me llena de horror. Ved si hay algun medio.

—Que responda el capitán, contestó brevemente Aguilar.

—Yo no sé lo que queréis decir con eso, replicó el interpelado con ronca voz.

—Pues bien, caballero, yo os lo diré mas claro; y daré al olvido mis mortales agravios, con tal de evitar la muerte de un hombre.

Y dejando caer el puñal, se acercó á su contrario con lentitud. Advirtiendo Schiller aquel movimiento tomó á su vez de manos del capitán el arma fatal, y alejándose discretamente con d'Estrées algunos pasos dejó á los dos antagonistas en libertad para esplicarse

—¿Qué medio juzgais que haya? dijo Gruner rompiendo el primero el silencio.

—Bien sabeis que solo uno puede satisfacerme.

—¿Cuál?

—Casos inmediatamente con ella.

—¡Imposible, caballero; imposible!

—¿Cómo! ¿Porque la hayais deshonrado usando para ello de una infame superchería, la juzgais indigna de ser vuestra esposa?

—No es eso... caballero... no es eso.

—¿Pues que otra razon podeis tener? Su clase es igual cuando no superior á la vuestra. Si la aventajais en fortuna, este no es ni debe ser inconveniente para un hombre delicado. Hablad, ¿no respondeis? ¡Si su amor por mí os causa algun embarazo, os juro que mañana mismo dejaré á Venecia para siempre! Además, su virtud... pero, ¿volvéis el rostro?... ¿callais?... Decidme al menos el motivo que os impide cumplir con las mas imperiosas leyes del honor.

—Soy... soy casado, caballero, respondió con esfuerzo el capitán. ¿Lo entendéis ahora?

—¡Ira de Dios, gritó Aguilar, y os atrevisteis... ¡oh!... ¡sois un infame! Y con un movimiento rápido como el relámpago, dejó caer pesadamente su mano derecha sobre la mejilla de su contrario.

—¡Oh! gritó este, ronco y mordiéndose los puños de furor. Schiller, mayor Schiller... ¡el puñal!... ¡venga el puñal!

En un instante estuvieron armados de nuevo los ya irreconciliables enemigos, y á duras penas pudo conseguir el mayor detener á su amigo el breve espacio necesario para atar á su diestra el puñal, mientras d'Estrées hacia otro tanto con el caballero español.

La luna oculta hasta aquel momento tras los oscuros nubarrones del cielo encapotado, apareció medio velada por una niebla blanquecina, como si quisiera alumbrar el sitio del mortal combate sin presenciarlo.

Hubo un momento de sepulcral silencio, al cabo del cual, separándose lentamente Aguilar de su amigo, se colocó en frente de su contrario diciendo con tono firme y como inspirado:

—¡Ahora, capitán, venid! ¡Pugne Dios por el mejor!

Arrojó el austriaco sobre el español con la prontitud y velocidad del tigre; y por algunos instantes no interrumpió el silencio de la noche mas que el ruido que producía el choque de los puñales homicidas, y el afanoso respirar de los actores y testigos de aquella escena terrible.

Acometía el capitán como un hombre decidido á morir con tal de matar antes á su enemigo. Aguilar, mas sobre sí, paraba con serenidad los golpes de su antagonista, combatiendo como combate el hombre que cree su vida necesaria á la felicidad de alguno. Mas corpulento y robusto el alemán, amenazaba por momentos abrumar con su mayor pujanza al español, ó rendirle con su mayor resistencia, si la lucha duraba algunos minutos mas; pero este, mas esbelto y flexible, evitaba luchar cuerpo á cuerpo con su formidable enemigo, y en su sistema de simple defensiva, trataba de economizar sus fuerzas, tan necesarias en el desigual combate.

Por fin, un ligero grito de Aguilar y un rugido de triunfo de su contrario, vinieron á llenar de espanto á d'Estrées; pero aquel sentimiento duró solo un instante. El puñal del austriaco se habia deslizado á lo largo de las costillas del español, y cuando aquel, juzgándole gravemente herido se arrojó sobre él con el puñal levantado para acabarle, este, dando un salto lateral, hundió su arma hasta el pomo en el costado izquierdo de su enemigo, dos ó tres líneas mas abajo del corazón. Cayó el capitán sin dar un gemido, y arrodillándose en seguida Aguilar, exclamó con las manos levantadas al cielo:

—¡Señor! ¡tu justicia ha muerto á este hombre!

Schiller y d'Estrées impulsados por un mismo sentimiento, se arrojaron sobre el cuerpo del capitán; pero á la simple vista se convencieron de que no habia remedio humano para él. Estaba bien muerto....

—¿Y ahora, qué hacemos, caballeros? preguntó el mayor, después de una breve pausa. Este cadáver no puede quedar aquí insepulto; y además, mañana se notará su falta en la parada.

—Conduzcámoslo á Venecia desde luego, dijo d'Estrées. En la travesía tal vez se nos ocurrirá alguna idea; porque en verdad, lo mas urgente es no perder tiempo.

—Me parece bien, coronel, contestó Schiller. Y tocando ligeramente en el hombro á Aguilar, que per-

manecía aun arrodillado: «Y he aquí, caballero, le digo, cuán falibles son los juicios humanos. Hace poco que asegurabais que de los cuatro que había conduciendo la góndola a este aciago lugar, solo tres volverían a Venecia, y como veis, vamos a volver los cuatro, y en la misma embarcación. Una pregunta coronel d'Estrées: ¿es discreto vuestro gondolero?»

—Como las famosas bocas de los leones del palacio del dux, en nuestros días, mayor.

—Pues ayúdame a llevar el cuerpo de mi amigo.

Y tan silenciosos como el cadáver, se dirigieron aquellos dos hombres a la ribera en donde Angiolo los esperaba. Aguilar los siguió a cierta distancia, con esa regularidad automática de movimientos que nuestra imaginación se figura tendría un cadáver animado por el maravilloso fluido de Galvani.

Llegaron a la ribera y colocaron el cadáver en el centro de la góndola, ayudados por Angiolo. Sentáronse Schiller y d'Estrées uno en frente de otro; y Aguilar no sin estremecerse al pasar por junto al cadáver, fué a colocarse casi sobre esa proa acoradada, semejante a una inmensa cuchilla, con que las góndolas venecianas cortan las aguas amarillentas de aquellas famosas lagunas. Durante la travesía, ni una voz, ni un suspiro de aquellos hombres turbó el silencio de la noche, interrumpido solo por el ruido que hacía en las aguas el único remo de que se sirven los gondoleros para dirigir aquellas lúgubres embarcaciones, y acaso por las notas lejanas de la barcarola del pescador, que en alas de la húmeda brisa llegaba hasta nuestros viajeros como un doloroso gemido. Así, atravesaron las aguas de la laguna hasta entrar en el Gran Canal, surcado entonces por una que otra góndola solitaria, que iba en busca de la mas ó menos numerosa carga que dejara algunas horas antes en uno de los infinitos bailes que en noches como aquella son de rigurosa obligación en Venecia. Al llegar al puente de Rialto dijo Schiller al gondolero con breve é imperativa voz:

—Atraca a la derecha, algo mas abajo del puente.

Miró alternativamente Angiolo al que así le daba órdenes, y al que entonces consideraba como a su dueño; pero este, vuelto de espaldas a la popa, y en la misma posición que había tomado desde el Lido, permaneció en silencio. Volvió entonces la vista a d'Estrées, el cual comprendiendo aquella muda pantomima le dijo:

—Haz lo que te ordene el señor.

Dió entonces Angiolo dos ó tres empujes vigorosos con su remo y fué a atracar a una plazuela a diez ó doce pasos del puente, y absolutamente solitaria en aquella sazón.

—Coronel, dijo Schiller a d'Estrées, decid a vuestro amigo que desembarque aquí y que trate de ponerse en salvo antes que amanezca el día. Es estrangero, y el muerto era un capitán austriaco.

Sin responderle d'Estrées, se acercó a Aguilar, y diciéndole algunas palabras al oído que le hicieron salir de la abstracción en que se encontraba, le apretó la mano añadiendo en voz alta: «Hasta dentro de media hora!»

Saltó en tierra el español, y se perdió por uno de los estrechos callejones que a la plazuela salían. Schiller, volviendo a sentarse, dijo con el tono de antes al gondolero:

—¡Al campo de San Esteban! (1)

Dejemos a los navegantes seguir protegidos por las tinieblas su silencioso derrotero, y sigamos los pasos del emigrado español, amenazado entonces por la venganza austriaca.

CAPITULO IV.

Dirigíase aquel dando vueltas y revueltas por el intrincado laberinto de sucias y oscuras callejuelas a que los venecianos dan el pomposo nombre de calles. Por fin llegó al palacio Contarini; y envolviéndose cuidadosamente en su dominó, penetró decidido

(1) En Venecia se da el nombre de *campo* a las plazas y el de *campiello* a las plazuelas. Solo la plaza de San Marcos y la plazuela contigua están esceptuadas. La primera se llama *piazza* y la segunda *piazzetta*.

hasta el salon de baile. Aquella jóven tan pálida como hermosa, que el lector no habrá sin duda olvidado, estaba en el mismo sitio en que le dirigió Aguilar las palabras que referimos al fin de nuestro primer capítulo. Su palidez era aun mas lívida que antes, y tal era su inmovilidad, que á no ser por la afanosa respiración que levantaba su pecho, cualquiera la hubiera tomado a cierta distancia por una estatua que el capricho del dueño del palacio hubiese pedido en aquella postura al inspirado cincel del inmortal Canova. El español se acercó a ella preguntándole con tono al parecer indiferente:

—¿Quiéres pasearte?

Estremeciéndose la jóven al sonido de aquella voz; levantándose de pronto cogió el brazo del caballero, y sostenida por él, porque apenas podía dar un paso, atravesó lentamente el salon principal. Apenas estuvieron en el segundo, casi desierto en aquel momento, se entró en una habitación contigua, en donde muchos de los concurrentes de ambos sexos habían dejado sus abrigos, y algunos cansados del incógnito, sus dominós, y echándose precipitadamente el primero que tocaron sus manos, volvió a salir y se incorporó con su compañero, que de pie en la entrada de la pieza la esperaba. Volvió a apoyarse en su brazo, y oculta así de las miradas de todos, atravesó con paso mas seguro las piezas restantes, llegando algunos segundos después al mismo vestíbulo de donde partieron algunas horas antes los cuatro hombres para la sangrienta expedición del Lido, que hemos narrado poco hace al lector. Había trascurrido ya la media hora convenida desde que d'Estrées y Aguilar se separaron cerca del puente de Rialto; y como aun no apareciese por allí góndola alguna, comenzó el último a sentir serios temores, tanto mas cuanto que su compañera temblaba horriblemente y apenas podía tenerse en pie.

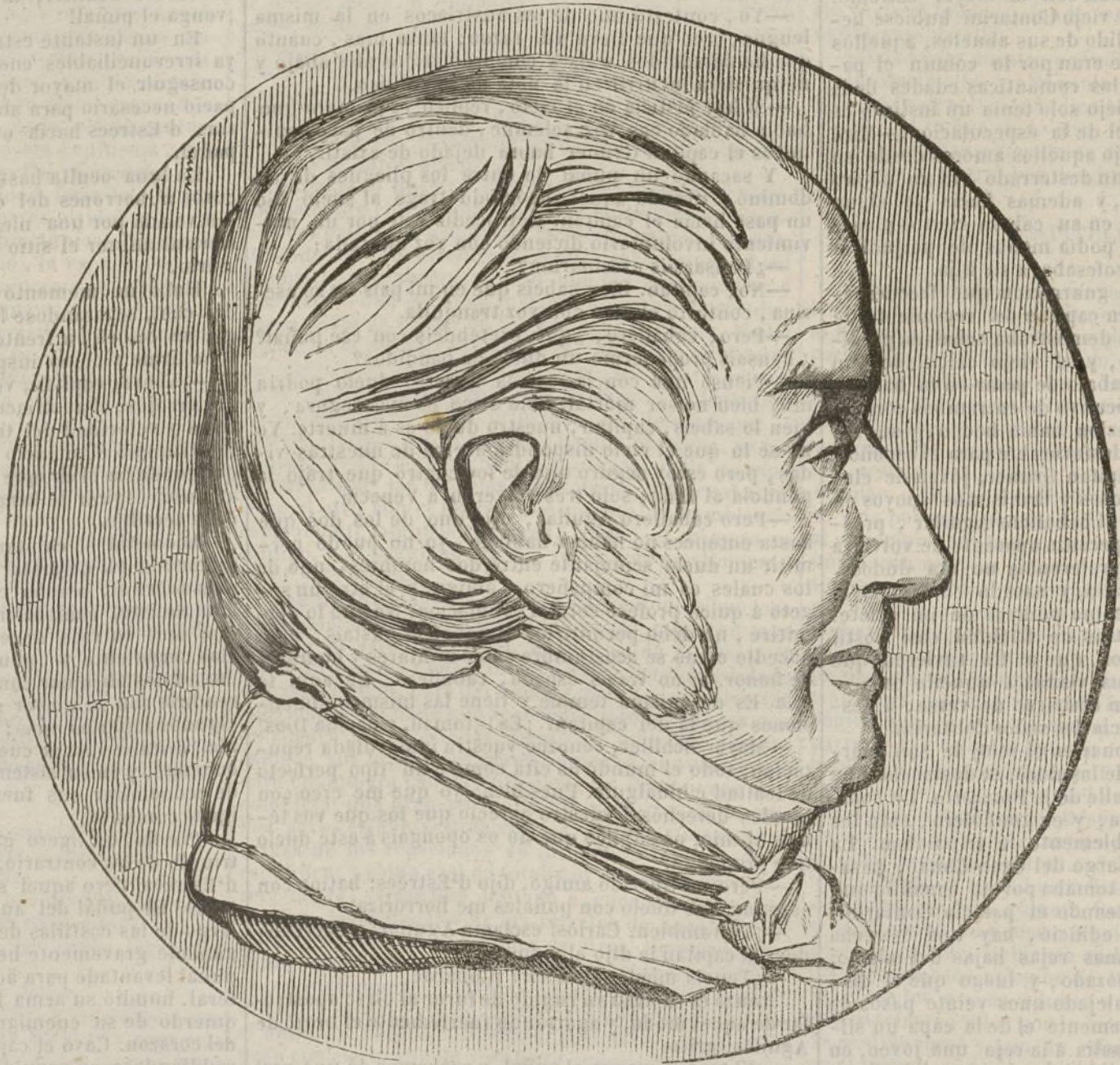
—Ten valor, María, la dijo su amante, que hasta entonces había guardado un prudente silencio.

—Tengo valor, amigo mio; pero me faltan las fuerzas, contestó débilmente la jóven. ¿Qué has hecho? ¿Qué es del capitán?

—Ha muerto.

—Y ahora ¿a dónde vamos?

—Adonde nos guie la fortuna, aunque empiezo a



Juan Francisco José Bosio.

creer que nos abandona al primer paso. D'Estrées no viene...

En aquel momento vino a herir los oídos de ambos la señal tan conocida del gondolero, y pocos segundos después estaban los dos amigos uno en brazos del otro.

—Adios, mi único amigo, dijo Aguilar con voz conmovida. Adios, hasta dentro de dos meses en Roma.

—Adios, repitió casi sollozando d'Estrées; pero aguarda un instante. Y sacando de los bolsillos de su pantalón dos preciosas pistolas inglesas y un bolsillo lleno de oro, le dijo:

—Con las primeras puedes defenderte: son muy fieles.

—Pero este oro, replicó el español, puede hacer falta. Acaso es todo lo que posees.

—Anda y que te sea útil, contestó el francés. Todo es poco cuando se viaja a prisa y en compañía de una dama.

—Señora, añadió dirigiéndose a María, dadme a besar vuestra mano. Id contenta y tranquila, puesto que lleváis con vos al mas fino de los amantes y al mas leal entre los caballeros. Y abrazando y besando de nuevo a Aguilar, se perdió en las verinas callejuelas.

Un momento después bogaban ligeramente nuestros viajeros, subiendo el Gran Canal en dirección de la anchura laguna que separa a Venecia del continente italiano.

(Se continuará.)

BOSIO.—MEDALLON POR DAVID.

Juan Francisco José Bosio, nació en Monaco en 1767 y falleció el año de 1843 a la edad de 79 años, sin haber experimentado enfermedad de ninguna especie.

Bosio entró muy jóven en el taller de uno de aquellos escultores en madera que se ocupaban en el comercio de pequeñas figuras donde suele encontrarse muy á menudo un sentimiento desconocido de los escultores de la escuela. Sus progresos en este arte le valieron la protección del príncipe de Monaco que le envió a París con una pensión y le colocó como discípulo en el taller de Pajon. Riñó con su maestro y sentó plaza de soldado, llegando á ser oficial, pero bien pronto tomó aversión a esta carrera y volvió á ser escultor de madera en el taller de M. Elscholtz, que ejerció esta industria en el departamento del Norte, y cuyo hijo la llegó a ser uno de los mejores discípulos de Bosio. Al mismo tiempo hacia para vivir, retratos en miniatura. De regreso a París en 1804, su amigo y compatriota Bartolini le presentó como escultor a Mr. Denon y le hizo tomar parte en los trabajos para la columna de la plaza de Vandoma.

Desde esta época no se ocupó Bosio mas que de su arte, menos desde 1830 á 1835 durante cuyo tiempo se enfadó con el nuevo gobierno, lo cual valió al salon de 1835 cuatro hermosos cuadros perfectamente ejecutados para sentir que hubiese abandonado la escultura por espacio de cinco años.

Las obras de Bosio son numerosas bajo la época imperial: el busto de Denon, el de la emperatriz Josefina, una estatua a pie de Napoleón, el *Amor disparando sus dardos*, la *Aristea*, que está en el Louvre y la *Jacinta* del Luxemburgo; los bustos de Napoleón y de María Luisa, del rey y de la reina de Westfalia, de la princesa Paulina, de la duquesa de Rovigo, de Mr. de Talleyrand, las estatuas del rey de Holanda, de la reina Hortensia y del rey de Roma, niño, el *Hércules de la serpiente*, en bronce, que se vé hoy en las Tullerías, su última obra bajo el imperio.

Bosio fué menos fiel a la memoria del imperio que al recuerdo de los beneficios que debió a la restauración. Luis XVIII le nombro por un decreto, miembro de la Academia de Bellas artes; mereció ser académico por elección; y por último Carlos X le hizo baron en recompensa de los trabajos que componen la segunda parte de su obra.

El *Enrique IV*, que fué esculpido en plata maciza y colocado en el Louvre en la sala del *Marsyans*. Esta graciosa estatua fué reproducida en mármol, y volvió a aparecer en el salon de 1843 en bronce. La estatua de Vándue de Engbrien para la capilla del duque de Vándue; la estatua ecuestre de Luis XIV, en bronce, para la plaza de las Victorias, mandada hacer en junio de 1816 é inaugurada en 1822; una parte de la decoración del arco triunfal del Carroussel; la estatua de la Restauración; las estatuas de la Francia, la Fidelidad para el monumento de Malesherbes en el Palacio de Justicia, y en fin la estatua de Monthyon para el Hospital de caridad.

Cuando vino la revolución de julio, Bosio terminaba el grupo de la *Apoteosis de Luis XVI*, en mármol.

colocado despues en la capilla espiatoria de la calle de Anjou, mirando al grupo de Mr. Cortot.

En 1838 volvió á tomar la estatuaría, y ejecutó su cortésana romana *Flora*, espuesta en 1840. No dejaremos de citar la estatua colossal de Napoleon, de diez y ocho pies de altura, para la columna de Bolo-
La Francia dictando al Genio de la historia los nombres de los hombres grandes, grupo en mármol, espuesto en 1844, y situado actualmente en Versailles: muchos bustos en mármol de la reina Maria Amelia; una estatua á pié de la misma princesa, etc. Añadamos para completar la obra de Bosio, la *Juana Indiana*, los bustos de madama Barante, de madama Vigier, la hija del mariscal Davoust, y la hija de Mr. Denon, de Krassowski, de Mr. Bertin, de Mr. Boutard, de Mr. De-
cazes, del general Charrete, de Luis XVIII, y del conde de Artois, del marqués Lauriston, de madama Isabel, hermana de Luis XVIII, una cabeza de una Virgen, una cabeza de Cupido, una cabeza de una ninfa, y una multitud de medallones hábilmente modelados. Poco antes de fallecer le encargaron el bajo relieve representando, *el casamiento de Luis Felipe en Palermo*, con unos cincuenta retratos.

EL PALACIO DEL EMPERADOR.

TRADICIONES GRANADINAS.

POR D. JOSE J. SOLER. (1)

Con este titulo se está publicacion en Granada con bastante aceptación una obra que tiene por objeto consignar de una manera poética y entretenida los acontecimientos mas notables de la historia granadina. Cada monumento, cada ruina de aquella morisca poblacion, han dejado un recuerdo memorable de sucesos, que el pueblo, siempre dado á lo maravilloso, conserva en su mente, y trasmite ciertas anécdotas curiosas que caracterizan perfectamente la indole de aquel pueblo heredero de las costumbres orientales de sus antepasados. El señor Soler ha presentado estos cuadros históricos con cierta novedad, ha metodizado en la forma estas antiguas leyendas, ha dado nuevo giro á estas tradiciones, adulteradas por la poética imaginacion de aquellos pueblos, y últimamente ha caracterizado su pintura con escenas ficticias para dar á la lectura mas novedad y atractivo; al mismo tiempo impugna tácitamente varias creencias supersticiosas, sin que por esto la obra carezca del interés que verdaderamente tiene, colocándola en el terreno de la realidad ó de lo verosímil.

El autor de esta publicacion hace mucho tiempo que se ocupa en recoger datos para formar un libro, nuevo en su especie, y digno de la consideracion de personas ilustradas y fecundas en este género literario que perpetúa los rasgos mas olvidados de nuestra historia; así que no titubeamos en recomendar este precioso libro, del cual presentamos una muestra en la siguiente tradicion, con la cual da principio á estas páginas históricas

I.

Vamos á la Alhambra; vamos á buscar en ese recinto de amores y delicias, recuerdos que disipan nuestra melancolia. (2)

Pasemos por la *Puerta de las Granadas*, que en lo antiguo fué de *Bid-el-Leujar*, y sin detenernos en examinar su arquitectura, ni la del pilar de Carlos V, bonita obra construida por el marqués de Mondejar, que se halla al fin de la cuesta de la izquierda, ni la *Puerta Judiciaria*, con sus misteriosos signos de la mano estendida y la llave, en cuyo lugar administraba un cadí justicia á los musulmanes, llegaremos á la esplanada conocida con el nombre de *Plaza de los Aljibes*, por los que hay en este sitio, y de cuyas abundantes, salubres y frescas aguas llenan sus cántaros la multitud de aguadores que circulan por la poblacion. Lo primero que se presenta á nuestra vista es la *Puerta del Vino*, mirab (3) que fué de los moros, y los torreones de la *Alcazaba*, casi derruidos unos y en muy mal estado los demas, pero todos magestuosos y graves haciendo recordar la fuerza y poder de sus muros en otros tiempos.

Volvamos ahora la vista hácia el lado opuesto, y ved aquel regio edificio, grandioso é imponente, con su difícil y caprichosa portada de dos órdenes dórico y jónico, y la multitud de ventanas adornadas con molduras y fajas de orden dórico que nos presenta su elegante fachada de Poniente. Es el *Palacio del Emperador don Carlos de Austria*.

Contempla sus esquisitos relieves, los frontones de sus puertas, el cornisamento y columnas de sus portadas, las esculturas de los netos, y todo este conjunto en fin, y decidnos si no hubiera llegado á ser una obra maestra del arte este edificio concluido, que aun en sus principios es la admiracion de cuantos extranjeros lo visitan.

La obra fué trazada y empezada en 1527 por Pedro Machuca, pintor, escultor y arquitecto, y despues de haberle ido sucediendo en el transcurso de cerca de cien años (pues se trabajaba con suma lentitud por las cortas cantidades que señalaban al afecto), varios artistas célebres, el último que la dirigió fué Francisco de Potes, que en 1623 marchó á Madrid para hacer presente la necesidad de cubrir las habitaciones interiores; y obtenido el correspondiente permiso, volvió á Granada á continuar los trabajos; pero habiendo quebrado los empresarios del azúcar, cuyas rentas estaban destinadas para la continuacion del

edificio, se suspendió la obra en 1633, quedando en el estado en que hoy la vemos. Parece que la augusta reina madre doña Maria Cristina de Borbon tenia proyectado la conclusion de este palacio: Dios la mantenga en tan buen propósito, para que llevándolo á cabo adquiriera esta joya de las artes el renombre que se merece, saliendo del triste abandono en que por nuestro mal se halla.

Y en tanto que damos una vuelta en derredor de este edificio para examinar con mas detencion sus primorosos relieves y elegantes ángulos, escuchad la historia de su origen que va á procurar demostrarnos nuestra pluma, dedicada hace algun tiempo á investigar las tradiciones del pais.

II.

A las diez de la mañana del día 5 de abril de 1526, atravesaba la calle de Elvira con direccion á la Plaza Nueva, una comision de la justicia, escoltada por un piquete de guardias del rey. Era un pregon de la autoridad de Granada. Al oír sus habitantes el toque de las trompetas, corrían presurosos á enterarse de la causa de semejante alarma, y asegurados del pregon marchaban á tomar sitio en el que debía efectuarse. Los moriscos convertidos, animados de la misma curiosidad, corrían tambien confundidos entre los cristianos, á saber el mandato de la autoridad, no sin cierto temor, esperando alguna nueva ley ó impuesto contra su raza.

Llegada la pequeña comitiva al centro de la plaza hizo alto; toda la muchedumbre se agolpó hácia allí, envolviendo al grupo de guardias en una triple barrera humana. Volvieron las trompetas á dar al viento sus claros sonos por espacio de cinco minutos y callaron al fin. Todos los oídos esperaban con afán. Una voz salió fuerte y penetrante en medio de los soldados.

Las personas allí reunidas escucharon.

Era una orden de la justicia de Granada que mandaba á todos sus habitantes el adorno de las fachadas de sus casas y la iluminacion en sus balcones aquella noche, anunciando ademas las brillantes fiestas que iban á darse con motivo de la venida á esta muy noble ciudad del emperador don Carlos de Austria y su augusta esposa doña Isabel de Portugal. Se ordenaba tambien á todos los moros, á quienes despues de la conquista se les habia permitido vivir en el Albaicin, se abstuviesen de presentarse en público durante el tiempo que permaneciera el monarca en Granada, á menos que no vistiesen trages españoles, incurriendo en la pena, el que quebrantase este precepto, de ser arrojado ignominiosamente de la provincia y confiscados todos sus bienes.

Tornaron á oírse los clarines concluido el pregon, diseminándose las personas por toda la plaza, y el bando siguió su ruta, desapareciendo por el Zacatin.

—La mejor parte de la *cantinel* ha sido la última, decia un cortador á un corrillo de hombres de repugnante aspecto formado en un ángulo de la plaza.

—Tienes razon, Tomás, contestó uno de ellos, con eso nos veremos por algunos dias libres del disgusto de encontrar á esos perros confundidos á cada paso entre nosotros.

—No sabe el gobierno lo que se pesca, continuó otro de los circunstantes. Esos moros son la polilla de Granada. No debiera tolerarse por mas tiempo el insulto que se hace á la cristiandad con la presencia de semejantes caribes.

—Si yo fuera oidor tan solo por una hora, ya sabría lo que hubiera de mandar. Lo primero de todo, plantaba un decreto mas fogoso que la fragua del tio Candelas, declarando pena de muerte al moro que no se encontrase fuera de Granada en el término de cuatro horas.

—No tengais cuidado, contestó el tio Candelas que á la sazón se hallaba presente, poco á poco se ablandaba el hierro, como dice mi oficial. ¿Te parece que son flojas las trabas que les ponen? ¡Caramba! no quisiera hallarme en su pellejo. No pasa día sin que los sacrifiquen á multas, despues de haberles prohibido qué sé yo cuantas cosas. ¿Y sabes para qué hacen eso? Para que se disgusten ellos mismos y nos dejen el campo libre huyendo al Africa ó donde mejor les acomode.

—¡Y sin duda, creará el tio Candelas, que les tienen muy tirante la cuerda! ¡Ave Maria! Si á pesar de todo eso, no pasa semana sin que maten algun cristiano promoviendo grescas de consideracion, si les alojasen un poquito tan solo, ya podríais encomendaros á Maria Santísima, pues el mejor día del año, ¡patapuf! os pasaban á degüello y á todos vuestros oficiales. ¡Bonitos son los nenes! Fuego en ellos. Y sino, mirad, mirad.

—¿Qué ha sucedido? exclamaron á un tiempo todos los del grupo.

Un confuso y grande vocerío que gritaba ¡muera! ¡muera! y una porcion de hombres y mugeres que corrían á todo escape detrás de dos moros por en medio de la plaza, era lo que habia llamado la atencion de los del corrillo; un lance poco mas ó menos igual á los que con frecuencia sucedían, acababa de tener efecto allí mismo. Disgustados en extremo los moros que habian acudido al pregon, al enterarse de que no podían salir los dias que permaneciese el monarca en Granada, desataron su impotente cólera en denuestos ó invectivas contra justicia que tal mandaba, jurando por Mahoma que alguna vez tomarían la revancha. Un muchacho que los habia estado oyendo, bajóse con disimulo, recogió una piedra del suelo y apuntando á la frente de

uno de ellos, le descargó tal pedrada que dió en tierra con su cuerpo. Frenético otro de los moros que habia observado con el rabo del ojo la accion del pilluelo, precipitose hácia él, y antes de que tuviera tiempo para ver este movimiento, se encontró con la acerada hoja de un puñal damasquino que le atravesó de parte á parte el corazon.

Aun no se habia despejado la plaza de la gente que acudiera al bando, y algunos que vieron el atentado del moro, gritaron: ¡Al asesino! y corrieron á él enarbolando gruesos garrotes: otros se dirigieron á los demas moriscos, que asustados de la accion de su compañero, abandonaron el caído á la furia de la muchedumbre que lo hizo mil pedazos y procuraron ponerse en salvo con la fuga, seguidos de una multitud de hombres y mugeres que daba grandes alaridos de furor.

—¿Qué tal? dijo al tio Candelas, el que antes habia hablado despues de haberse impuesto del suceso, ¿merecen esos perros compasion?

—¡Corramos hácia ellos! exclamó uno de los del corrillo.

—¡A ellos! gritaron todos y siguieron á la turba.

Una de las privaciones que impusieron á los moros á poco de la toma de Granada fué la de las armas; pero ninguno salia de su casa sin llevar oculta en el seno una afilada gumia. Corrió la voz de alarma en el barrio del Albaicin, y pronto salieron en socorro de sus compañeros cuantos moros estaban allí domiciliados. Por todas las calles del barrio del Hajeriz salían gruesas masas de musulmanes con el puñal en la mano y con direccion á la Plaza Nueva. No tardó el paisanaje en dar alcance á los moros que perseguía, y en la Carrera de Darro cayeron á los golpes de mil palos, siendo al momento acribillados á puñaladas. A este tiempo llegó á aquel sitio bastante número de moros, que engrosándose á cada segundo, presentaron una fuerza respetable. Trabajóse entre ellos y el pueblo una encarnizada riña, de la que resultó gran número de muertos.

Sabedor el marqués de Mondejar de estos desagradables sucesos, envió prontamente al lugar de la batalla crecidos tercios castellanos, que pusieron término á tan desastroso lance, haciendo huir á los moriscos á su barrio, donde se encerraron en sus casas.

Tal estado tenían las cosas el día 5 de abril de 1526, víspera de la entrada del grande emperador.

III.

En el lindo salon de Comares del palacio árabe de la Alhambra, donde tuvieron lugar tantas veces las festivas zambras que ejecutaban los moriscos en otros mas felices tiempos, estaban una tarde el emperador don Carlos de Austria y su esposa doña Isabel de Portugal, rodeados de gran número de caballeros, damas, donceles y pages.

Efectuadas las bodas de este monarca en Sevilla, y fatigado del excesivo calor de aquella ciudad, quiso visitar á Granada, cuya hermosura tanto le habian encantado, y poco tiempo despues de su enlace, dispuso la marcha para este punto, adonde llegó el día siguiente al de los sucesos referidos en el párrafo anterior. Encantado el rey de la belleza del morisco vergel arrancado á los musulmanes, fijó su residencia en el alcázar de los reyes árabes, donde pasaba los dias embelesado, admirando sus preciosidades. Un pensamiento desde luego concibió su mente, que no le era posible desechar, y que por entonces no podia poner en ejecucion. Deseaba fabricar un palacio en el centro de la Alhambra, que dejase muy atrás al en que vivía; pero le faltaban medios para tan colossal empresa.

Cada día que miraba el alegre cielo azul y encantador que cobija á Granada, cada vez que desde los hechiceros puntos de vista de la Alhambra veía la vega, que extendiendo sus verdes tapices á los pies de Sierra Nevada, prestaba vida á los lindos pueblecillos que descuellan en sus llanuras y colinas, entre cuyos contornos se desliza el Genil, bañando con sus plateadas ondas los vecinos campos que florecen con tanta abundancia, como cual otra tierra de promision, y semejante aquel lisonjero cuadro al prometido paraíso que en noches de insomnio crea la imaginacion volcánica de un árabe, viendo allí realizados esos paisajes deliciosos que el Génesis describe con tan halagüeño colorido, á cuya contemplacion el alma se dilata y se remonta la fantasía á sueños de ventura, que solo pueden concebir la mente del poeta... el emperador, estasiado con tan hechicero espectáculo, exclamaba con frenesi:

—Mi vida, mi muerte en Granada, quiero gozar de Granada, pues solo hay una en el universo, y esta me pertenece. Quiero hacer un palacio tan coloso, que desde sus torreillas pueda disfrutar de todos los contornos que cercan á Granada, como ciñe una corona de flores las sienas de una hermosa; y aun quiero mas: he de subir tanto sus torres, que sentado en la mas elevada azotea, me contemple mas alto aun que el elevado pico de Mulahacén... y entonces... entonces....

Una triste idea venia siempre á turbar tan lisonjero porvenir. La falta de recursos. Podía imponer una corta contribucion en su reino y satisfacer así su deseo; pero semejante proceder repugnaba á su alma, y prefería esperar sufriendo.

Pensativo se hallaba el monarca la tarde de que hemos hablado, en el salon de Comares, y asaz mal humorado. Casi tendido en un elegante sillón, se daba golpecitos en su bota de cuero negro con el puño

de un latiguillo que tenía en la mano. Llevaba una ropilla de raso de color de ceniza galoneada de listas negras, y un sombrero de fieltro blanco, sin que ninguna pluma adornase su baja copa.

Viéndole doña Isabel tan distraído, interrumpió su meditación, diciendo con cariñoso acento:

—¿Qué sentís, Carlos? Parece que algún pesar os abruma: ¿no queréis salir esta tarde á dar vuestro acostumbrado paseo?

—He andado bastante esta mañana y me siento fatigado, contestó el emperador sin dejar de darse golpes.

—Mucho lo extraño, y no hay duda que me ocultáis alguna pena; vos que erais incansable cuando se trataba de visitar la Alhambra, que habeis pasado noches de luna fuera del palacio respirando el aroma de sus bosques, ¿rehusais ahora el salir...? No os creo, es imposible; explicadme vuestro sentimiento.

—Señora, vos misma decís que he corrido tanto por Granada, y os extraño que ahora no quiera salir, ¿por ventura he de estar siempre admirando sus encantos? ¿No ha de llegar un momento en que me hastien? ¿Es acaso la belleza de Granada diferente á la de las cosas de este mundo? ¿Todo ha de cansar y Granada no? Verdad que son hechiceros sus jardines, puro el ambiente de sus auras, brillante su cielo azul... pero tambien no dejareis de conocer, que la cosa mas hermosa deja de serlo cuando se tiene presente á cada momento.

—Muy cierto es cuanto acabais de espresar; pero os lo confieso francamente, no me convence. Hablais de hastio como pudiera hacerlo el mas indolente sultan, y no hace muchos dias que oí deciros: «¡Dichoso el monarca que tuviera su corte en un tan divino pais!» Pronto ha pasado ese entusiasmo, Carlos, y nunca os creyera tan inconsecuente. Ademas, ¿y ese palacio, que si mal no recuerdo, tenias tanta ansia de levantar en la Alhambra?

Al pronunciar doña Isabel la voz de palacio, cambiaron todos los airados pensamientos del monarca, á quien la arenga de su esposa aumentaba considerablemente su disgusto. Todo lo olvidó en el instante, no viendo ya otra cosa que el magnifico palacio cuya idea tanto le poseia, presentándosele ahora, rodeado de todos los encantos que soñaba. Dilatáronse sus facciones adquiriendo sus ojos una alegría febril, y respondió á la pregunta de su esposa con un tono tan afectuoso, que contrastaba notablemente con el brusco acento que usara en la anterior plática.

—¿Un palacio en la Alhambra! dijo, ¿no es verdad, Isabel, que eso seria muy lisonjero?

Admirada la reina de tan repentina mudanza, comprendió al momento con su esquisita penetración la causa de la tristeza de su esposo, y resolvió seguirle la idea.

—Si, Carlos, contestó, os aseguro que recibiria un placer estremado, inmenso, si pudiera realizarse proyecto tan excelente. Entonces trasladariamos la corte á Granada.

—¡Oh! entonces, si Granada es ahora la primera ciudad del mundo por su vega y posicion, lo seria tambien por su caserío y monumentos. ¡Si supierais, Isabel, cuán deliciosos son los instantes en que mi imaginación se recrea pensando en las bellezas con que enriqueceria la Alhambra! La naturaleza no ha podido hacer mas que formarla como la ha hecho. Ahora falta la mano del hombre que la adorne de cuanto es susceptible el divino arte.

—Seguid, seguid, esposo mio, exclamó la emperatriz, conociendo el placer que sentia don Carlos en aquella conversacion; no hablemos mas que de Granada.

—Si, querida esposa, hablemos de ella solamente y de lo felices que seriamos viviendo siempre aqui. Levantaríamos un palacio que dejase muy atrás al de los Alijares, á esa maravilla del mundo labrada por el rey Muley Hacén. Haria venir á los mas famosos arquitectos, escultores y pintores de España y les diria: «remontraos á los cuentos de hadas de nuestros antepasados, poned en prensa vuestra imaginación, y diseñad un palacio que sobrepuje á cuantas maravillas han nacido en el universo. Si no llenase mi deseo, diseñad otro, ciento, mil; y cuando hayais sacado uno que iguale al que tengo aqui (y señalaba á su frente), ese pondreis por obra al momento: ese será mi palacio de la Alhambra.»

—Si, y nuestros hijos, cuando puedan tener reflexion para conocer tan grandiosa obra, cuando se penetren de que todo les pertenece, si no nos bendicen por haberles dejado un reino, que tanto pesar puede causarles, nos bendecirán por ese palacio, que solo alegría y ventura puede ofrecerles.

—Y la fama, que no es tarda cuando la impele objeto merecido, llevará por doquier la noticia de esta maravilla, y reyes y pecheros, y moros y preladados vendrán en caravanas á Granada á admirar tanta hermosura reunida, y progresarán las artes y la industria; y al cabo de algunos años, Granada, ese diamante de la antigua Bética, no solo será la mas preciosa, sino la mas rica ciudad del orbe entero.

—Y Dios nos bendecirá por la felicidad que proporcionaremos á nuestros vasallos.

—Y todo por ese divino palacio.

—El marqués de Mondejar, alcaide de la Alhambra, y gefe de los tercios de Granada, pide licencia para entrar, dijo presentándose un page, que cortó de improviso plática tan halagüeña.

Una sombría nube oscureció la radiante expresion

de júbilo que resplandecía en el rostro del emperador. Lo habian despertado de su divino sueño, haciéndole caer de las mas altas regiones del idealismo á una completa y fastidiosa realidad. Tornó el descontento á pintarse en su semblante, mandó le alargasen el látigo que en los momentos de su entusiasmo habia tirado al suelo, comenzó á darse otra vez golpes en su bien construida bota, y preguntó con avinagrado acento:

—¿Qué me quiere ese señor?

—Dice que os tiene que comunicar asuntos graves y de suma urgencia, contestó el page.

—¡Diablo! y á qué mal hora viene el alcaide! Decid que pase. Ni aun aqui podré disfrutar de sosiego.

No tardó en presentarse el marqués. Quitóse su gorra negra con pluma, y esperó á la entrada de la sala.

—Acercaos, dijo el emperador, y sed breve en lo que tengais que comunicarme.

—Señor, exclamó el de Mondejar, cuando las fuerzas depositadas por un soberano en su servidor no son bastantes á sostener las riendas del gobierno, deber es de todo vasallo reclamar el apoyo de su rey.

—Esplicaos.

—Cada dia los moros, mas insolentes y ensoberbecidos, á pesar de las rigurosas leyes que tienen impuestas, promueven sin cesar disturbios, que si bien en los principios nada tenían de imponentes, pueden irse haciendo serios y de consideracion. Si antes solo molestaban con voces y algazara, ha dado caso ahora de poner las manos en vuestros fieles súbditos. Llegando su audacia hasta tal punto, que á pesar de estarles prohibido el uso de las armas, llevan escondidas afiladas gomas, con las que á cada momento se ve comprometida la seguridad individual de vuestro pueblo. Ademas, aunque en la apariencia profesan la fé católica, sus detestables ritos son los que observan secretamente, y usan de baños, tienen zambras, y hacen sus alajás (1) como si no hubiesen recibido el santo sacramento del bautismo.

—Chócame, buen alcaide, respondió don Carlos, que os vengais con esas, teniendo amplios poderes para hacer lo que mas convenga á la seguridad del gobierno que os está confiado; pero una vez que venís á reclamar de mí una medida que contenga esos alborotos que tanto os cosquillean, vive Dios que habeis de quedar satisfecho. Venid, sentaos á esa mesa y escribid lo que os dictare.

Obedeció el alcaide las órdenes del emperador, sentándose en el sitio que le señalara: trajeron recado de escribir, y con la pluma levantada esperó.

Callaron doña Isabel y las damas, quienes conversaban entre sí mientras la declaracion del alcaide; y don Carlos, despues de haber dado algunos paseos por la sala, como reuniendo sus ideas, comenzó á notar al alcaide en estos términos:

«Habiendo llegado á nuestra noticia que los moriscos de Granada, á quienes, por efecto de la esquisita bondad de nuestros antecesores, se les concedió habitar en la ciudad de su naturaleza, despues de su gloriosa conquista, en vez de mostrarse agradecidos y sumisos como debia esperarse á tan singular favor, promueven á cada paso motines, sembrando el disgusto y el terror en los ánimos de nuestros muy fieles vasallos; pues no contentos con las tropelías que continuamente cometen, proponen su desacato hasta el ominoso extremo de poner sus manos en las personas de los buenos cristianos, nuestros servidores, y deseando castigar cual se merece semejante falta, dando al mismo tiempo una prueba de amor á nuestro pueblo, declaramos y mandamos:

1.º Queda prohibido desde luego á todos los moriscos de Granada el uso de su traje árabe, sin distincion de personas. En lo sucesivo solo podrán vestir ropa española como todos los demas habitantes de esta capital.

2.º Ni de dia ni de noche estarán cerradas las puertas de sus casas, para que en cualquier tiempo y hora puedan penetrar en ellas los visitantes que se nombren, y conocer los culpables, que á pesar de haberse convertido á nuestra santa religion, la profanan con la observancia de sus primitivos ritos.

3.º A efecto de que se impongan los castigos á que se hagan merecedores los moros que infrinjan los antedichos preceptos ó cometan nuevas tropelías á favor de su traje, disponemos que al momento se traslade á Granada el tribunal de la Santa Inquisicion, que reside ahora en Jaén, á quien queda encargado el juicio de los desmanes que se cometan.

—¿Acabásteis? preguntó el monarca despues que hubo notado la anterior providencia.

—En este momento, señor, contestó el marqués.

—¿Habeis puesto al principio la fórmula de encabezamiento?

—Si señor.

—Pues venga la pluma y despachemos.

Entregó el alcaide al monarca la pluma con que habia escrito. Luego que hubo firmado, dobló el pergamino, y poniéndolo en manos del alcaide.

—Tomad, le dijo, id y ordenad que al momento se publique por toda la capital este mi edicto al son de clarines y trompetas. Concluido el acto vendreis á darme noticia del cumplimiento de vuestra comision, y ciudad de que os acompañe un oficial de mis guardias que esté dispuesto á partir al instante para Jaén á llevar mis órdenes al Santo Tribunal para su venida

(1) Cráclones.

á Granada. Yo entretanto redactaré de mi puño esta disposicion.

Inclinóse el alcaide y salió á cumplir lo ordenado por su monarca.

—Veremos si puedo hacer entrar por buen camino á esa gentecilla, dijo don Carlos sentándose á escribir. Palacio.... sueño dorado.... ¡cuán pronto te desvaneces!

Aqui dió un profundo suspiro que llegó hasta los oídos de doña Isabel, quien acercándose á su esposo procuró volver á entablar la interrumpida conversacion del palacio, que tanto le habia distraído.

Pronto fué ejecutada su orden, y supo todo el pueblo de Granada, el edicto del monarca contra los moros, que dió margen tambien á algunas habillitas entre el tio Candelas y comparsa, que acudieron igualmente á la Plaza Nueva á enterarse de aquel pregon, como habian hecho pocos dias antes con el que anunciaba la llegada del grande emperador.

Dos horas despues de la promulgacion de la nueva ley, salia por el Triunfo un oficial de guardias en un caballo á todo escape. Llevaba la orden al Santo Oficio para su venida á Granada.

IV.

Serian cerca de las oraciones de uno de los calurosos dias del estio. Los brillantes rayos del sol próximo á hundirse en Occidente, penetraban en una bonita pieza de una casa en el barrio que hoy llaman de San Luis, adornada con el gusto y lujo de los orientales. Un ambiente delicioso se aspiraba en su centro impregnado del aroma de multitud de flores colocadas en elegantes búcaros. Ricos almohadones de Persia aparecian sobre un suelo tapizado de pintorescas alcatifas, sobre el que frescas y encarnadas rosas formaban otra muelle alfombra. Esquisitos pebeteros despedian una suave y delicada fragancia, que unida á la de las flores arrebatava su aspiracion.

Una jóven linda como la clara aurora tras borascosa noche, veíase reclinada sobre una ventana en forma de ajimez, cubierta de una blanca túnica de lino, sosteniendo al parecer sabrosa plática con un venerable musulman, que sentado en un almohadon, con las piernas y brazos cruzados, casi le llegaba al suelo su blanca y prolongada barba. Estaban pintados en sus facciones el desaliento y el dolor.

—Si, decia con melancólico acento, Haraxa, hija del corazon, ¡en qué infortunio nacimos! Cenizas deberiamos haber sido antes que sobrevivir á la pérdida de nuestro reino. ¿Qué se hicieron los capítulos que firmó en Santa Fé el rey Fernando V, y bajo cuyas condiciones entregó Boabdil su corona y su ciudad? Las han violado, han destruido cuanto se pactó en aquellos contratos, y nos arrollan como á brutos peligrosos, cuando debieran dejarnos en completo sosiego. Nos humillan continuamente despues de habernos forzado á abrazar distinta religion, nos privan de las armas para nuestra seguridad y defensa; y hoy, por último, hija mia, á consecuencia de un alboroto que produjo la impaciencia de un hermano que no tuvo la suficiente calma para dejarse insultar, nos hacen tener abiertas de dia y de noche las puertas de nuestras casas para que seamos victimas de los rateros y rufianes, y lo que es mas doloroso aun, ordenan la total estincion de nuestros trages sustituyéndolos con los españoles. ¡Maldicion eterna contra los tiranos que así abusan de su poder! Desventurado destino, ¡cuándo será la voluntad del Profeta volver á sus protegidos la dulce tranquilidad que antes disfrutaban!

Dió aqui un gemido el viejo Abul-Aswad, é inclinó su cabeza sobre el pecho.

—¡Padre mio! exclamó la jóven con una voz mas apacible que el lejano sonido del arpa. Verdad es que nuestra tribu está sumida en el mas negro infortunio, pero consuélate, amado de mi alma: por lo mismo que está abatida mas esperanza tiene de un pronto alivio. Cuanto mas avanzada está la noche, mas cerca viene la aurora. Acuérdate de estas palabras del moravita Kaid-el-Abi, y da treguas á tu afliccion.

—¡Ay Haraxa mia, cuánto te engaña tu corazon de jóven! Si es cierto que vendrá esa aurora, no será para nosotros, infelices creyentes despreciados y aborrecidos. Nuestro porvenir es oscuro como noche tormentosa... pero no es eso todo, no, tórtola pura de los bosques, aun no he vertido en tu corazon mas que una parte de la amargura que destroza el mio... A costa de mi sangre quisiera ahorrarte la pena que te voy á causar depositando en tí todo el peso del secreto que me abruma, mas no hallo otro remedio. Escucha y tiembra, desgraciada morisca.

Acercóse la jóven á su padre, y echóle ambos brazos al cuello.

—Habla, padre mio, habla sin cuidado, tal vez tu pecho halle algun consuelo de esa suerte.

—Estrella que iluminas mis impotentes dias, ¡bendita seas! ¡cuanto bien me haces...! Y gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Abul-Aswad al decir estas palabras. Oye, continuó con voz mas sostenida. Acabo de ver á Abd-el-Meleck.

Un ligero carmin tiñó las mejillas de la jóven al oír este nombre.

—¡Abd-el-Meleck! repitió, ¿y qué te ha dicho?

—¡Ay! el desgraciado se halla en el mismo caso que nosotros, le privan del último recurso, y quedará pobre, ¡pobre como tú, infeliz hija mia!

—¡Santo Alá! ¿pero cómo es eso? Qué te ha dicho Meleck?

—Vendrá á hacernos su última visita, vendrá á despedirse de nosotros.

—¿Qué espresan tus labios! ¡será posible! Sigue, sigue, padre mio, tus palabras son como el viento precursor de la tempestad.

—Mañana irá á ofrecer al emperador Carlos de Austria ochenta mil ducados, que los gefes de tribu, en el diván (1) que hemos celebrado hoy, han resuelto se le entreguen por mi mano, para levantar la prohibición del uso de nuestros trages. ¿Y no sabéis que para completar la suma que entre los pocos que podemos contribuir me ha correspondido facilitar, es necesario vender nuestras perlas, nuestros vestidos, nuestros adornos, y quedarnos reducidos á la mas espantosa miseria? ¡Ay! el alma se me desgarró al pensar en nuestra desgracia.

—Pero....
—Aun hay mas; tu prometido Meleck se queda en el mismo estado, y como no puede sostenerte le es imposible su union contigo. Las leyes lo prohiben, y no entregaría yo mi hija á quien no le pudiese presentar el diario sustento.

Una estremada palidez cubrió las mejillas de Haraxa. Le fué preciso sentarse al lado de su padre para soportar su emocion.

—Y yo, pobre anciano, continuó Abul-Aswad, ¿qué trabajo podré dedicarme? ¿á dónde irá? ¿qué será de mí?

Un torrente de lágrimas que inundó sus ropas, fué la respuesta de la joven.

—Tranquilízate, consuelo de mi existencia, repuso el viejo. Alá es grande y no nos dejará desamparados.

Abrióse en este momento de golpe la puerta de la habitación, y un gallardo moro, lujosamente vestido se presentó en ella. Era Abd-el-Meleck. Sobre sus ropas moriscas llevaba una larga capa española de tafetan negro, forrada de grana. Adelantóse dos pasos y quedó parado contemplando al padre y la hija.

—Alá te guarde, buen Meleck, exclamó el anciano; ¿viene á traerme la suma que te se exige?

—Ahí la tienes, contestó el joven poniendo en la mano de Aswad un bolso lleno de oro; llevas el precio de mi ventura, de mi sangre.... No dirás que dejo de ser buen creyente; mi sacrificio por el Islam está consumado. ¿Puede pedirse algo mas?

—El Profeta te recompensará, hijo mio.

—¿Qué recompensa puede bastar al bien que pierdo? contestó con fuego Meleck. Anciano, tu hija era mi prometida y yo la adoraba con el fuego de una pasión primera y con el ardor de un hijo del Oriente.

Ella también me amaba, y el cielo á donde iban á fijarse nuestros pensamientos, el porvenir que soñábamos en esta vida miserable y congojosa, era tan solo nuestra union.... Y ahora todo ha desaparecido como la huella del tigre en las arenas del Sahara: esos maldecidos cristianos han quitado la primera piedra al edificio de mi felicidad y vosotros acabais de destruirlo. Si, vosotros digo; el sacrificio que hago para que consientan el uso de nuestras vestiduras, lo reprueba mi corazón; con Haraxa no solo aboliría para siempre mi trage, sino mis creencias. ¿Qué me importaría el culto que hubiese de rendir, si en todos me siguiera Haraxa? Dirás, anciano, que blasfemo... y dirás bien. Una tenebrosa nube cubre mis ojos, y solo la desesperación tiene cabida en mi pecho; soy débil, de naturaleza mezquina, doliente, y no puedo ganar con mis manos como el esportillero el pan que hubiera de sustentarme. No tengo á nadie en el mundo, á nadie mas que á vosotros; pero ¡ay! vosotros como yo habeis reducido á dinero la mayor parte de vuestras prendas para reunir la suma que os corresponde pagar. Tal vez.... dentro de una semana.... ni aun fuerzas tendré para llorar mi desventura.... Poderoso Alá.... un poco de valor.... mas ¡ah! me falta, me falta; mis ideas se extravían, se ofuscan.... ¡Ir á implorar de los musulmes compasión para que me dejen lo que debo entregar y con lo que bastaba á mi sostenimiento.... jamás! La sangre abencerrag que circula por mis venas repugna semejante humillación, y no les diré mi lengua....

—¡Dejadme por piedad ese puñado de oro y buscad como podais el modo de reemplazarlo! ¡Oh! nunca.... nunca.... Tú mismo, anciano, tú mismo me escupirías al rostro si supieras tamaña acción de mi parte. Detúvose aquí el desconsolado moro como para calmar la agitación que sentía. Despues brillaron sus ojos con un fuego extraordinario, y añadió con firmeza: ¡Ah! no hay medio, mi resolución está tomada, es irrevocable. ¡Abul-Aswad! ¡Haraxa! recibid mi última despedida y conservadme un recuerdo en vuestro corazón.

Cubrióse la faz del moro con ambas manos, y marchó resueltamente hacia la puerta, despues de haber dirigido una angustiosa mirada á la joven, que reclinada sobre su almohadon, contemplaba con asombro la vista á su amante.

—Detente, Meleck, detente, ¿qué pretendes hacer? gritó el anciano Aswad levantándose de pronto y asiendo por el brazo al desesperado árabe.

—Déjame, anciano, no impidas el único placer que me queda en esta vida que detesto.

—Joven, exclamó Abul-Aswad, oye la voz de un moro que ha resistido sesenta veces el soplo del invierno. Mira sus cabellos blancos como el pico de Xolair (2).

—Escucha sus reflexiones. Hijas son de su larga vida.

—¿Podrán acaso tus reflexiones volverme la felicidad que me han robado? ¡Ah! si, mi pena no tiene remedio, ¿de qué servirá alguna efímera esperanza que alumbre mi porvenir cual la llama del rastrojo?

—¡Insensato joven! ¿acaso está todo perdido? ¿Sabes, por ventura, si el monarca cristiano accederá á nuestro ruego conmutando su decreto por la suma que se le ofrece?

—¡Ay! la aceptará.... el corazón me lo anuncia.

—Tu corazón puede engañarse. También el cazador que á sus tiros vé caer la corza se acerca para recogerla y se engaña: el animal no ha muerto y la vé saltar ligera al oír sus pasos, como la pluma que lleva el huracán. ¿Y quién te dice que no ha de sucedernos lo mismo, aunque con distinto resultado? Hace un momento que me acogíaba la suerte que nos espera, porque no creía hallar un alma mas débil que la mia; pero á tu vista una esperanza ha nacido en mi interior, y reprocha el miedo que antes abrigaba. Nada, joven, cuida no tenga la caña que avergonzar al roble.

—¡Ay padre mio! ¿para qué haces nacer en mí este consuelo? ¿Quién sabe si despues he de tener que llorarle? Me convencen tus palabras, gratas á mi corazón como el rocío á un campo seco. Habla, ¿qué es necesario practicar?

—Mañana irá á ofrecer al emperador el sacrificio de los moriscos para levantar la nueva ley. Apenas el sol nos alumbre desde el centro del horizonte, subirás á nuestra torre. Desde ella se divisa el mirador de la plaza de las Cisternas (1). A la salida de mí entrevista con el monarca me asomaré á aquel sitio. Si mi cabeza apareciese sin turbante, erguida é inmóvil, baja y abraza á mi hija: así le indicarás la felicidad que os aguarda. Si mi turbante estuviese en su lugar y ondulase al viento su blanca toca, el monarca ha aceptado. Fija es nuestra desgracia. Eres dueño de tu voluntad.

Calló el anciano. Un prolongado silencio sucedió á sus palabras. Haraxa permanecía en el mismo sitio, y su faz se hallaba tan afligida como hermosa.

—¿Prometes hacer mañana cuanto acabo de espresarte? preguntó Aswad.

—Si, contestó Meleck, mañana al medio día estaré en la torre.

—Entre tanto, hijos míos, aprovechad esta única esperanza, tiempo quedará para llorar, Haraxa, ángel mio, ¿no merece el consuelo que este pobre anciano os proporciona, alguna recompensa?

Levantóse prontamente la joven, y arrojándose al cuello de Abul.

—¡Pobre padre mio! dijo con cariñosa voz, y cubrió de besos su cabeza.

—Ven, Meleck, ven, continuó Aswad con los ojos preñados de lágrimas, participa de este momento de ventura, ¿no es verdad, hija mia, que no lo quieres ver tan triste y solitario?

—¡Meleck....! dijo Haraxa.

—¡El cielo nos proteja! exclamó el moro, corriendo á abrazar al anciano y á la joven.

Los últimos rayos del sol reflejando en este interesante grupo, iluminó sus rostros en aquel momento radiantes de placer.

Muy temprano se había levantado la mañana del día siguiente á la de los sucesos referidos en el párrafo anterior, el emperador don Carlos de Austria á dar un paseo matinal por las alamedas de la Alhambra. Durante su vuelta escogía en su fantástica imaginación un sitio á propósito en que edificar el palacio, único objeto sobre el que giraban todas sus ideas. En el momento en que empezamos este capítulo, acababa de tomar un frugal desayuno, y paseábase por el patio de los Arrayanes conversando con su camarero mayor don Quintín de Quiñones. Hablaban del mensajero que partió para Jaén, quien había traído la respuesta del Santo Oficio, participando al monarca hallarse dispuesto para trasladarse á Granada. Giró despues la conversacion sobre el efecto que había producido en los moriscos las últimas disposiciones, y refiriéndole don Quintín, que en los días que contaban desde su publicación, no se había visto ningún moro en las calles, de Granada, segun le dijera el alcaide, respondió el emperador con tono satisfecho:

—¡Oh! ya verán esos morillos, y mi pueblo, que no en balde ha venido á Granada don Carlos de Austria.

—Parece que la prohibición de sus ropages les ha causado gran dolor. Todos permanecen dentro de sus casas conternados y en el mayor abatimiento.

—Y yo te aseguro, Quintín, que no será ese mi último decreto si persisten en sus diabólicos alborotos; porque en último resultado, voto al diablo, los echaré á los montes de las Alpujarras; y si esto no es bastante, aseguro por mi corona, que no me ha de quedar un morillo en todo el territorio español.

—¡Maldita raza! respondió don Quintín, ¡y qué de males ha acarreado á la cristiandad!

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando se acercó un doncel del emperador, diciendo con profundo respeto:

—Señor, perdonadme que os interrumpa, pero á las puertas de palacio hay un viejo moro que dice ser enviado á nombre de todos los moriscos del Albaicín, y pretende con asaz terquedad el hablaros. Por mas que le he dicho que no dabais audiencia....

—Basta, condúcelo aquí.

Inclinóse el doncel y marchó.

(1) Plaza de los Aljibes.

(2) Sierra Nevada.

—Vendrán ahora con súplicas despues de matarme y estropearme los vasallos, continuó el monarca con enfado. En fin, oigamos á ese moro y calcularemos la verdad de sus palabras. ¿Qué te parece, Quintín, hago bien en recibirle?

—Basta que lo hayais resuelto sin el parecer de nadie, para que sea una disposición muy acertada, respondió dulcemente el cortesano.

—¡Allí viene el embajador! exclamó el monarca mirando hacia el vestíbulo del palacio. ¡Por Dios que es venerable el tal moro!

Un anciano con pardo albornoz, cuya capucha echada atrás, dejaba libres sus respetables facciones y blanca barba, penetró en el patio de los Arrayanes seguido de cuatro moros que llevaban en sus manos ricas bandejas cubiertas de blancos lienzo.

Adelantóse el padre de Haraxa con trémulo paso: su rostro espresaba la mas profunda tristeza. Al llegar ante el emperador, que parado y de pié aguardaba al moro, inclinóse hasta tocar casi con la frente al suelo, y permaneció en esta humilde actitud el tiempo que tardó en oírse la voz del augusto monarca.

—Alza, le dijo con severo tono. ¿Qué pretendes de mí?

—Poderoso rey de los católicos, exclamó Abul-Aswad, aquí tienes un humilde siervo del Profeta que implora le escuches un solo instante. La infeliz grey á que pertenezco está sumida en el mayor dolor. Nuestras leyes han sido violadas, nuestras hijas....

—Moro, interrumpió don Carlos, déjate de preámbulos, que nada hacen al caso; si quieres que te escuche camina directamente á tu objeto.

—Señor, continuó Aswad sin turbarse, muchos delitos cometen los musulmanes, muchos, pero bien purgados los tienen con las privaciones que sufren cada día: de hoy en adelante, todas las llevarán con resignación, todas; pero el último decreto que has promulgado, ha vertido la mas negra amargura en todas nuestras tribus, pudiendo engrosarse las corrientes del Genil con las lágrimas que han sido derramadas. ¡Privarnos el vestir nuestro propio trage....! ¿Sabes, oh rey, si puede soportar un muslim humillación semejante? ¿Sabes lo que es verse despojado de las ropas natales, que todas sus generaciones le han legado? ¡Ah! imposible nos era sobrevivir á semejante ley, y hemos tomado nuestra resolución. Yo, Abul-Aswad, gefe de tribu, en mi nombre y en el de todos los moriscos que pueblan el Albaicín, te ofrezco porque levantes esa prohibición, la cantidad de 80.000 ducados. Esta suma es lo último que poseemos, es el porvenir de muchas familias, es la esperanza de los padres para sus hijas, y todos hacen gustosos este grande sacrificio, si se les permite usar sus vestiduras. Hé aquí ya espuesto el objeto de mi embajada. ¿Qué respuesta he de llevarles?

El rostro del anciano en este momento espresaba una angustiosa ansiedad.

El emperador quedó reflexivo. Su bondadoso corazón siempre dispuesto al bien, lo inclinaba en favor de aquella aislada gente mas infeliz que culpable, odiada y maldecida de todos, que se desprendía de lo que mas amaba en el mundo, del oro, para que les desearan usar sus ropas, y luchando en su interior con acceder á su demanda ó hacer inflexible su mandato.

Mientras tanto, el moro, fijos sus ojos en el monarca, parecía querer penetrar sus mas recónditos pensamientos: su respiración era fatigosa, comprimida. Pensaba en Haraxa; pensaba en Meleck. Iba á escuchar su sentencia.

Por último, don Carlos, resolvióse á permitir la anulacion de la cláusula, conociendo que bastante castigo era para los moros el aceptar su mismo ofrecimiento, y contestó de esta suerte al enviado:

—Muéveme á lástima, anciano, tu cuita y la de tus compañeros. Aceptando la suma que me ofreces, impongo por ahora un severo castigo á vuestros desmanes y rebajo el rigor de mi ley. Podeis usar libremente vuestros trages; ¡pero guay de vosotros si en adelante no reprimis esa escandalosa conducta!—Al hacer el emperador un bien á los musulmes, causaba la pérdida de tres personas.

Un ¡ay! imperceptible se escapó de los labios de Aswad, era el grito de agonía que exhalaba su corazón al penetrarse de su desgracia.

—¡Aceptais! dijo con desfallecida y fúnebre voz; y volviéndose á los moros que le acompañaban les hizo una seña. Estos se adelantaron hacia el rey, y el anciano continuó: dignate admitir....

—Entrégala á mi tesoro, contestó el monarca; dentro de dos horas se comunicará la orden que apeteceis.

Inclinóse Abul-Aswad y salió sin pronunciar una palabra. El dolor le ahogaba. La débil caña á que se había asido en su naufragio acababa de troncharse; iba á perecer.

Cumplió las órdenes del emperador entregando la suma al tesoro. Despues dirigióse con lento paso al mirador de la plaza de las Cisternas. El sol estaba en la mitad de su carrera. Hizo un esfuerzo y se asomó al antepecho.

Cruzó los brazos y permaneció cinco minutos fijo en esta actitud. El delicioso paisaje que se presentaba ante su vista parecía un cementerio adornado de mustias tumbas....

Cuando Aswad llegó á su casa salió á recibirle Haraxa. Estaba sin turbante y sus negros cabellos caidos sobre la blanca túnica que la cubría, ondulaban á merced de la brisa.

—Venid, padre mio, venid, le dijo sonriendo y tomándole la mano, presenciareis nuestra felicidad..... ¡Oh! somos tan dichosos....! Hemos visto desde la torre vuestra señal, y Melek va á desposarse conmigo: el *alhamí* (1) nos espera sembrado de flores rojas..... venid y lo vereis.... ¡qué hermoso está!

Miró el anciano á su hija como dudando de sus palabras. Una estraña espresion tenian sus ojos. Brillaban.... pero con un brillo siniestro.... horrible. Asidos de la mano subieron á la torrecilla. Un moro tendido en el suelo, bañado en sangre, abierta en el pecho una herida, por la que salia á borbotones aquella, y un largo puñal que apretaba su diestra mano, fué el espectáculo que se presentó á la vista del padre.

Era Abd-el-Melek.

—¡Muerto! exclamó Aswad con agonizante voz.

(1) Alcoba.

—Mirad, mirad, decia Haraxa señalando con su blanca mano el cuerpo ensangrentado de su amante, y echando atrás sus hermosos cabellos. ¿No es verdad que seremos muy felices...? ¿No veis su boca entreabierta cual sonrie á la inefable dicha que le aguarda...? Adios, padre mio, el tálamo nos espera.... si, tu señal nos salvó.... yo te vi en el mirador, y mi amante tambien.... tu blanquísima toea se mecía á discrecion del viento de la mañana, ¡qué felicidad.....!

Una sarcástica carcajada puso fin á sus palabras, y corrió á asomarse á una de las ventanas de la torre, desde la que se veía el mirador. ¡Pobre Haraxa, estaba loca!

—¿Compasion de mí, santo Alá! exclamó el anciano retorciendo sus brazos y elevándolos al cielo.

Los ecos de muchas trompetas que sonaban hácia la Carrera de Darro llegaron en este instante, atraidos por el viento, á los oidos de Abul-Aswad.

Era el bando del emperador don Carlos de Austria, anulando la primera cláusula del anterior, y permitiendo el uso de sus ropas á los moriscos del Albaicin.

El deseo del monarca fué cumplido. De los 80.000 ducados que le entregaron los moriscos, destinó 10.000 para empezar la construccion de su palacio.

El día en que colocaban la primera piedra, lloraba un anciano en una casa del Albaicin, sobre el yerto cadáver de una hermosa jóven. Era que Haraxa acababa de morir. Poco tiempo la sobrevivió su padre. El palacio del emperador Carlos V costó muchas lágrimas á la morisma. (1)

(1) Lafuente Alcántara, *El libro del Viagero*.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.

ASCENSION AEREOSTATICA.

MADAMA ARBAN

SE ELEVARÁ

EN UN GLOBO

CUANDO EL TIEMPO LO PERMITA,

Ó CUANDO DIOS QUIERA.



Segun indica la veleta, Madama Arban se elevará hoy por los aires.

EXTRACTO DE PERIODICOS.

Ya no sube en el globo Madama Arban.

La señorita que habia de acompañar á Madama Arban no subirá ya con ella, y de resultas no habrá ascension.

A pesar de estar el tiempo bueno Madama Arban no ha querido subir por los aires el 23 del corriente.



El empresario para satisfacer los deseos del público, se eleva á las regiones aéreas por un sistema nuevo y desconocido.

MADAMA ARBAN

LLEVARA EN SU COMPAÑIA

UNA SEÑORITA

CUYO NOMBRE

SE IGNORA.



La veleta ha cambiado; hoy no subirá Madama Arban.

EXTRACTO DE PERIODICOS.

Al fin sube en el globo Madama Arban.

Subirá con Madama Arban la señorita; pero no pasará del tejado de la plaza de Toros.

Vista la poca venta de billetes, la empresa no ha querido que suba Madama Arban el 23 del corriente.